

MÁRTIRES DE LA UCA

1989 - 16 de noviembre - 2009



Ignacio Ellacuría

Nació en Portugalete, el 9 de noviembre de 1930. Fue el cuarto de cinco hijos varones del oculista de la ciudad. También fue el cuarto en optar por el sacerdocio. Sus primeros estudios los hizo en Portugalete, pero después su padre lo envió al colegio de los jesuitas de Tudela. Ellacuría era reservado y algo intenso. Los jesuitas de Tudela no pensaron en él cuando consideraron quiénes podrían tener vocación para entrar en el noviciado de la

Compañía de Jesús. Al finalizar el séptimo año, el padre espiritual de los estudiantes de último año reunió a un pequeño grupo de posibles candidatos, en el cual no estaba Ellacuría. Sin embargo, entró en el noviciado al año siguiente, por voluntad propia, el 14 de septiembre de 1947, en Loyola, el hogar de san Ignacio, el fundador de la Compañía de Jesús.

Un año después fue enviado, junto con otros cinco novicios, a fundar el noviciado de la Compañía de Jesús en Santa Tecla (El Salvador). Seguramente, para los seis novicios fue difícil determinar si eran voluntarios o cumplían una orden. Meses antes, el maestro de novicios solicitó voluntarios para ir a Centroamérica. Les pidió que lo pensaran unos días y si sentían que esta misión estaba de acuerdo con su vocación, que escribieran su nombre en un pedazo de papel. El viaje fue largo. Salieron de Bilbao el 26 de febrero de 1949 y llegaron un mes más tarde a Santa Tecla. Sus familias acudieron a la estación a despedirlos. Sin duda, la separación fue muy difícil para todos.

Al frente de la expedición venía el maestro de novicios, Miguel Elizondo. En él, los novicios encontraron un maestro de gran sentido común y espiritualidad profunda. Estas dos características marcaron para siempre a estos y a los siguientes novicios de Elizondo. Elizondo trajo consigo la libertad de espíritu, el componente esencial de la disponibilidad del jesuita para cumplir con la misión que le es encomendada “para la mayor gloria de Dios” -el lema de la Compañía de Jesús. Elizondo se esforzó por formar a sus novicios en esa libertad de espíritu, sobre todo cuando éstos hacían referencias a la experiencia inmediata. En España, la vida de los novicios era regida por una complicada serie de normas y reglas. Vivían en un mundo separado, ajenos a lo que sucedía fuera de los muros del noviciado. Elizondo cambió el plan de vida, distribuyó el tiempo de manera fluida, concentró la atención de los novicios en el desarrollo interior más que en las formas tradicionales exteriores, de las cuales la mortificación física era considerada muy importante, se mostró disponible para dialogar con los novicios e incluso permitió el juego del frontón y del fútbol sin sotana. Elizondo quería cultivar la disponibilidad, es decir, la apertura “que sea necesaria para lo que va a venir, sin saber lo que va a venir”. Ellacuría y siempre reconoció que los fundamentos de su espiritualidad habían sido puestos por Elizondo, a quien siempre admiró con cariño especial. Él fue el primero de los cinco maestros que jalonaron su vida.

En septiembre de 1949, los seis novicios pronunciaron sus votos de pobreza, obediencia y castidad. En la década de 1950, los jesuitas de Centroamérica no contaban con un centro de

estudio para formar a sus estudiantes, sino que éstos eran enviados a Quito, donde estudiaban humanidades clásicas (dos años) y filosofía (tres años), en la Universidad Católica. Estos cinco años fueron muy importantes para el desarrollo intelectual de Ellacuría y sus compañeros, así como para todos los otros que tuvieron la oportunidad de estudiar en esta institución.

La inteligencia de Ellacuría se hizo evidente en el noviciado, pero fue en Quito y en particular bajo la tutela de su profesor de humanidades clásicas, Aurelio Espinoza, donde sus cualidades excepcionales como pensador crítico y creativo empezaron a emerger. Pronto surgió una amistad entre ambos que duró hasta la muerte del maestro. Ellacuría animaba a los jesuitas centroamericanos recién llegados a Quito a que sacaran provecho a Aurelio Espinoza, entregándose a él con confianza, puesto que serían formados “por ósmosis”.

Aurelio Espinoza Pólit era un académico clásico de fama internacional, quien había estudiado en Oxford University. Era autoridad mundial en Sófocles y Virgilio. Pero quizás más importante aún, era un humanista en el sentido amplio del término. Escribió sobre autores ecuatorianos antiguos y contemporáneos y sobre temas religiosos, filosóficos y educativos. Poeta ocasional, rector de la Universidad Católica y asesor del gobierno en asuntos culturales. En un artículo de 1963, escrito con motivo de su muerte, Ellacuría resumió su actividad intelectual de la manera siguiente: “fue todo lo contrario de un superficial que mariposea por cualquier tema”.

Al recordar sus días de estudiante de Espinoza, en ese mismo artículo, Ellacuría reconocía su falta de ortodoxia, pero lo que más le impresionó fue la combinación del trabajo intelectual serio con la eficacia pública inmediata; el haber preferido la educación a la erudición y las formas vitales a los contenidos materiales; y la creatividad en el aula, en la cual no usaba esquemas hechos, sino que mostraba el qué, el por qué y el hacerse de las cosas. Sus clases eran una experiencia de creatividad viva y de hallazgo imprevisto. Curiosamente, Ellacuría tenía todo esto. En sus clases, insistía en que lo importante era aprender a pensar y a buscar los datos necesarios. Enseñaba a aprender de la realidad. Los libros sólo eran un instrumento útil que estaba a mano. Su método preferido era poner a sus estudiantes en contacto directo con los grandes autores del pensamiento, aunque sus textos resultaran incomprensibles. Para él, lo importante era pasar por la experiencia filosófica directa, encarando los grandes textos de la filosofía. No le preocupaba cubrir los programas ni llenar de contenido a sus oyentes. Se burlaba de quienes acababan sus programas y de aquellos a quienes se les terminaba la materia. Para él esto era algo inconcebible.

Al igual que Aurelio Espinoza, superaba el texto que le servía de punto de partida y cuando se lo advertían, respondía que todo estaba relacionado por ser parte de una misma realidad. Nada quedaba fuera y siempre hubo un más que nunca tuvo tiempo para desarrollarlo en el aula o para escribir sobre ello. Terminaban los ciclos, pero sus clases quedaban como en suspenso, porque no había podido concluir. Sus escritos a veces parecen interrumpirse de una manera abrupta, dejando la impresión de estar inacabados. De ahí que valorase mucho la capacidad intelectual de las personas, hasta el punto de discriminar a los menos inteligentes. Con los primeros era muy exigente y perfeccionista y nunca estaba satisfecho.

Después de las humanidades clásicas, Ellacuría estudió filosofía en la misma Universidad Católica de Quito, obteniendo su licencia, civil y eclesiástica, en 1955. Al despedirse, Aurelio Espinoza le dijo que fundara una gran biblioteca en San Salvador, donde pudiera encontrarse todo lo relacionado con el país, tal como él había hecho con la Biblioteca Ecuatoriana. Por eso, en la Biblioteca “Florentino Idoate” de la UCA quería que estuviera todo lo publicado sobre El Salvador. Asimismo, en el Centro Universitario de Documentación y Apoyo a la Investigación debían estar todos los documentos producidos en el país o referidos a él. Hubiera querido completar ambos centros con una pinacoteca salvadoreña.

En Quito, Ellacuría se encontró con otra gran personalidad que le impactó mucho: el jesuita navarro Ángel Martínez, uno de los poetas más importantes de Nicaragua. Desde su primer encuentro, Ellacuría supo descubrir y admirar el genio poético de Ángel: “me di cuenta que ha sido él el único hombre, desde hace muchos años, prácticamente desde que el empuje de la subjetividad comenzó a tejer sin cesar el hilo de la propia vida como problema propio, casi como único problema [...] que me ha hecho desubjetivizarme durante tanto tiempo, desatender a preocupaciones, tendencias y pasiones personales, y ha conseguido que todo mi ser atiende al objeto por él presentado, al tipo de vida en él encarnado”.

Los cinco días que pasaron juntos en Quito, donde Ángel Martínez impartió clases de metafísica y estética y dio recitales, fueron suficientes para entablar una amistad entrañable, cultivada a través de una correspondencia esporádica, pero intensa. Ellacuría esperaba con gran interés las cartas de Ángel Martínez y el material que las acompañaba. “Si Ud. viera cuántas veces en los puntos de mis meditaciones y en ellas mismas aparecen partes de su poesía, que son también expresión más expresivamente viva de lo que yo también vivo inefablemente, pero que no acierto a expresarlo ‘sabría’ bien lo que le digo”, le escribió, en julio de 1954, y más adelante, “por eso estoy deseando más y más cartas tuyas que me dicen muchas cosas que también son mías, pero que yo no sé decirlas si Ud. no me las despierta dentro”.

Ángel Martínez le mandó algunos de sus originales para que los criticara. Ellacuría guardaba con cariño sus cartas y manuscritos. Escribió dos artículos sobre la poesía de Martínez, uno de ellos está hecho a mano y quedó inédito; el segundo lo publicó en la Revista Cultura del Ministerio de Educación de El Salvador, en 1957, y es un gran artículo sobre Ángel Martínez “poeta esencial”. Al hablar de este tema, decía que le gustaría tener tiempo para profundizar sobre la dimensión estética de la realidad.

Lo que más impactó a Ellacuría fue la síntesis personal que Ángel Martínez había hecho de la poesía, la filosofía y la teología, así como también la unidad de su obra y su vida. Para Ángel Martínez, la poesía era una forma de vida: su vida era la poesía y su poesía era su propia vida. Ellacuría supo ver esta unidad esencial de palabra y vida: todas las dimensiones de su existencia estaban unificadas “en este empeño de palabra eficaz, buscada con toda sinceridad y en toda su vida”. Era un compromiso que lo llevaba a preguntarse de una manera incansable por la esencia de las cosas, lo cual a su vez lo llevaba a una mayor personalización. Su pasión era la búsqueda de la verdad radical de las cosas. “En realidad, esto de la unidad de su comportamiento y de sus palabras”, Ellacuría confesó al poeta, “es lo que más llamó la atención en Quito, pues esa unidad que ontológicamente tienen las cosas entre sí no se halla en la primera superficie, sino allá en lo hondo [...] Para conocerla ya se requiere mucho, pero para vivirla y para hacerla vivir...”.

Ellacuría regresó a San Salvador, donde pasó tres años en el Seminario San José de la Montaña. Enseñó filosofía escolástica en latín, pero también comenzó a hablar de las corrientes existencialistas. Además de dar clases, debía cuidar a los seminaristas, quienes permanecían en el seminario durante todo el año, excepto por unas breves vacaciones, que pasaban entre sus familiares. Para Ellacuría, el problema mayor era entretenerlos durante los fines de semana. El y los demás inspectores (maestrillos) organizaban excursiones a pie al volcán de San Salvador, al lago de Ilopango o a la piscina del Colegio Externado. Con orgullo recordaba cómo había logrado establecer una pequeña biblioteca de clásicos para que no leyeran sólo literatura barata. Dado que no había dinero para comprar libros, convenció a los seminaristas para que ahorrasen algunos centavos del dinero que les daban para comer los días de excursión.

Su presencia era firme y exigente. Era consciente de su capacidad intelectual. En ese entonces, escribió sus primeros artículos en la revista Estudios Centroamericanos (ECA) sobre Ortega y Gasset, los valores y el derecho. Impartió conferencias para todo público. Los jesuitas de mayor edad y experiencia, lo escuchaban y no dejaban de verlo con cierto recelo.

En 1958 volvió a ser estudiante, esta vez, en Innsbruck (Austria), donde estudió teología hasta 1962. No recordaba estos años con entusiasmo. Austria le pareció fría y oscura. Echó de menos el espíritu de la colonia centroamericana de Ecuador, pues sus compañeros estaban dispersos por Europa. Desde Quito, Aurelio Espinoza le escribió una carta afectuosa, aprobando sus estudios en ese teologado, pero alertándolo también no fuera a suceder que su orientación intelectual se volviera demasiado “germánica”: “en concreto, yo considero que es una ventaja grandísima para Ud. el quedar en estado de aprovechar toda la aportación alemana a la ciencia y a la crítica, pero consideraría como una fatalidad si Ud. quedase tan subordinado a ella, que perdiese su libertad de espíritu y la serena confianza en su propio criterio y en la perspicacia estética de la cual no creo que carezcamos los latinos”.

Los estudiantes de habla hispana integraron un grupo bastante unido alrededor de Ellacuría para expresar su descontento por lo que consideraban restricciones anticuadas en la vida diaria del teologado y por el nivel sorprendentemente bajo de la enseñanza. Sin embargo, algunos encontraron la inteligencia controlada e irónica de Ellacuría arrogante y excluyente. Hubo algo de desdén hacia su persona -por su brillantez e inaccesibilidad-, que hizo que algunos le llamaran “el rey sol”. Aunque su inconformidad era racional y moderada, también era puntilloso e inexorablemente crítico. Ellacuría no pasó sin ser notado por sus profesores. En el informe de sus cuatro años en Innsbruck se lee que poseía una inteligencia excelente, pero su comportamiento era mediocre. En suma, “al lado de ser altamente talentoso, su carácter es potencialmente difícil, su espíritu propio de juicio crítico es persistente y no está abierto a los otros; se separa de la comunidad con un grupo pequeño en el cual ejerce una fuerte influencia”.

El fútbol proporcionó un escape único a las tensiones de la teología. Junto a algunos austriacos y un alemán, los jesuitas de habla hispana integraron un equipo que resultó ser, para los alarmados profesores, demasiado bueno. Con Ellacuría en el centro, el equipo ganó con facilidad el campeonato de la Universidad de Innsbruck. La cosa no paró aquí. También ganaron el campeonato nacional universitario en Viena. Dos jugadores fueron seleccionados para formar parte del equipo de la Universidad Nacional de Austria, pero el éxito deportivo no fue bien visto por los superiores de Innsbruck y Roma, quienes cortaron por lo sano, alegando que jugar al fútbol en público no era algo propio de la vida religiosa.

Una sola cosa buena tuvo Innsbruck para Ellacuría, la cátedra de Karl Rahner, uno de los teólogos más influyentes en el concilio Vaticano II -aunque también le impresionaron de manera positiva su hermano Hugo y Andres Jürgmann. Finalmente, Ellacuría fue ordenado sacerdote en Innsbruck, el 26 de julio de 1961. Pocos meses más tarde, mientras visitaba a su familia en Bilbao, decidió buscar al filósofo Xavier Zubiri. Admirador suyo a distancia, quería preguntarle si podía escribir su tesis doctoral sobre él y si él estaría dispuesto a dirigírsela. Le había escrito varias cartas, a las cuales Zubiri no respondió. Un poco ansioso, Ellacuría fue a buscarlo a su casa. Zubiri lo recibió, porque se trataba de un sacerdote. La entrevista fue un éxito: “se veía que el horno estaba para bollos, le dije inmediatamente que quería hacer la tesis con él y sobre él. Le sentó bien [...] Le dije sucintamente que veía en él un modelo de juntura entre lo clásico y lo moderno, entre lo esencial y lo existencial [...] entonces aseguré que se pondría enteramente a mi disposición para todo lo que necesitase”. Zubiri quedó tan bien impresionado del nuevo discípulo, que le escribió a su esposa de inmediato para decirle que había conocido a “un brillante joven jesuita”, quien no sólo sabía griego, lengua en la cual

se sentía más débil. La reunión fue el inicio de una amistad que se proyectó más allá de la muerte de Zubiri (1983).

Así, Ellacuría comenzó a trabajar en su tesis, en 1962, pero tuvo problemas con las autoridades académicas de la Universidad Complutense (Madrid), quienes rechazaron la idea de escribir una tesis sobre un filósofo vivo. Sin embargo, Ellacuría consiguió que le permitieran seguir adelante; pero el tribunal sólo le otorgó un sobresaliente, en lugar del superlativo cum laude. En este periodo, Ellacuría concluyó su formación jesuítica e hizo la tercera probación en Irlanda. Un poco más tarde profesó en la Compañía de Jesús, en Portugalete, el 2 de febrero de 1965.

El entusiasmo de Zubiri con Ellacuría obedecía a que creyó haber encontrado no sólo un discípulo, sino también un colaborador potencial. Desde entonces analizaron y discutieron de manera interminable los textos y las conferencias de Zubiri, quien aguardaba con impaciencia las visitas de Ellacuría. Este regresó a San Salvador en 1967, destinado a la recién fundada Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA); pero casi todos los años viajaba a Madrid, donde dedicaba varias semanas a trabajar con Zubiri. Por la noche, éste le leía las páginas escritas a lo largo del día y le pedía “que no le hiciera terapia intelectual, sino que le dijese la verdad, toda la verdad con todas mis críticas”. Zubiri ya no publicó nada ni dio conferencia alguna que antes no hubiera discutido con Ellacuría. En su archivo se han encontrado apuntes de estas conversaciones con Zubiri. Al morir éste, en 1983, Ellacuría quedó como heredero intelectual de su obra y como director del Seminario Xavier Zubiri con sede en Madrid. La admiración de Ellacuría por Zubiri derivaba de un aprecio profundo por lo que él llamaba “la obligación de su vida, la costosa y dulce obligación [...] indagando la verdad de lo que le parecían ser los fundamentos de la vida humana”. Ellacuría decía que la filosofía de Zubiri era “filosofía pura, pero no es pura filosofía”. Desde aquí arrancó para construir una filosofía que abarcara una realidad diferente a la de Zubiri: América Latina y El Salvador.

Ellacuría fue un gran filósofo, pero quizás fue más teólogo que filósofo. De hecho, hizo los cursos de doctorado en teología, en la Universidad de Comillas, en 1965; pero nunca escribió la tesis. A veces decía que le gustaría escribirla sobre Dios. El primer escrito suyo que impactó en la conciencia nacional no fue uno de filosofía, sino de teología. El texto, Teología política, publicado por el Secretariado Social del Arzobispado de San Salvador en 1973, pronto fue traducido al inglés (1976) y al chino (por su otro hermano jesuita, quien vivía en Taiwán). Su último gran escrito fue también un artículo teológico, “Utopía y profetismo en América Latina” (ver Revista Latinoamericana de Teología 17, 1989, 141). Probablemente este es uno de sus textos teológicos más profundos. Ellacuría decía que en América Latina, era más urgente la teología que la filosofía, porque era más eficaz. En su larga bibliografía predominan los artículos teológicos y sus únicos libros publicados (que no son muchos) también son de teología. Sin embargo, dejó un manuscrito casi terminado sobre filosofía de la historia (Filosofía de la realidad histórica, 1990), en el cual discute uno de los temas filosóficos que más lo inquietaron en sus últimos años de vida, el del sujeto de la historia, es decir, en definitiva, quién mueve la historia.

También fue profesor de teología. Enseñó teología en cursos nocturnos y en los fines de semana, en los llamados cursos de teología para seculares, que organizó cada año, desde 1970. A estos cursos asistían centenares de miembros de las comunidades de base, profesionales y estudiantes universitarios. Después fundó el Centro de Reflexión Teológica y fue su primer director, y organizó la maestría en teología (1974), en cuyo programa siempre se reservó uno de los cursos más importantes. Luego vino otra etapa, el profesorado en ciencias religiosas y morales, destinado a preparar profesores de religión y a elevar el nivel de los creyentes más comprometidos. En 1984, junto con Jon Sobrino, lanzó la Revista Latinoamericana de Teología.

En la UCA comenzó dando clases de filosofía, en 1967. Pronto lo nombraron miembro de la Junta de Directores. Desde 1972 fue Jefe del Departamento de Filosofía. Desde 1976 dirigió la revista Estudios Centroamericanos (ECA) y desde 1979 fue Rector de la UCA y Vicerrector de Proyección Social. Impartió cursos, dirigió seminarios y dictó conferencias en América Latina, Europa y Estados Unidos.

En 1970, después de una revisión profunda de la misión de la Compañía de Jesús en Centroamérica, en la cual Ellacuría tuvo mucho que ver, sus superiores le encargaron la dirección de la formación de los jóvenes jesuitas, a quienes intentó transmitirles su pasión intelectual, su celo apostólico y sus inclinaciones deportivas -el frontón. Retomando una de las intuiciones básicas de san Ignacio de Loyola, Ellacuría insistió en que el jesuita debía estar bien formado para poder responder eficazmente a los retos de la sociedad y la historia. Fue muy exigente en la calidad y la seriedad de los estudios; pero al mismo tiempo se preocupó porque cada estudiante encontrara la vocación a la cual había sido llamado. Promovió y apoyó nuevas experiencias comunitarias y apostólicas entre los estudiantes, entre ellas la de Aguilares, una parroquia rural llevada por Rutilio Grande y un equipo de jesuitas. Al lado de la comunidad parroquial, favoreció la apertura de una comunidad de estudiantes jesuitas, primero de filósofos y luego de teólogos. Experiencias nuevas no significaba irresponsabilidad; debían estar bien preparadas y llevarse bien, con seriedad y profundidad.

Otra de las tareas que se impuso fue traer todas las etapas de la formación de los jesuitas a Centroamérica. Hasta hacía pocos años, sólo había noviciado. Cuando asumió el cargo de Delegado de Formación, al concluir el noviciado, los estudiantes ya no iban a Quito, sino que habían comenzado a estudiar filosofía en la UCA. Después abrió posibilidades para estudiar teología y, finalmente, la última etapa, la tercera probación. Para él, la presencia de los jóvenes en Centroamérica era crucial para no desligarlos de la realidad en la que tendrían que desarrollar su vocación años después, para mantenerlos en contacto directo con los jesuitas formados y sus obras, y para que con sus inquietudes y creatividad aportaran a la renovación y al compromiso apostólico de la Compañía de Jesús. Tres años duró en el cargo.

Los cambios fueron demasiado drásticos, demasiado intensos y demasiado rápidos. Los jesuitas centroamericanos se dividieron y, en 1974, horrorizada, Roma intervino, prohibiendo de forma expresa que Ellacuría ocupase cargos de responsabilidad en el gobierno de la Compañía de Jesús, exceptuando la dirección del recién fundado Centro de Reflexión Teológica. La razón de fondo fue la influencia demasiado fuerte de Ellacuría, tanto que su sola presencia producía polarización. Su salida del gobierno jesuítico fue, sin duda, un golpe muy duro. A partir de entonces, concentró sus energías en la dirección de la UCA.

En los asuntos de la Compañía de Jesús y de la universidad así como también en sus análisis, Ellacuría siempre fue muy independiente, agudo y profundo. Su dialéctica impecable, pero a veces incómoda, le granjeó la enemistad de bastantes jesuitas, de algunos superiores, de la oligarquía, del ejército, de los políticos de la derecha, de la embajada de Estados Unidos e incluso de la oposición política y militar. Ellacuría no seguía línea de nadie y por eso fue visto con claridad, antes que cualquier otro, que la guerra y la violencia no eran salida alguna para los problemas sociales de El Salvador. Y con la misma libertad propuso primero el diálogo y después la negociación. Sólo se plegaba ante los datos de la realidad y sólo abandonaba su posición cuando los argumentos contrarios eran evidentes. Y aun entonces adoptaba una postura nueva, abordando el asunto desde otro ángulo. En sus planteamientos nunca faltaba el dato de la realidad. Estaba al tanto de los avances de la ciencia, de las estadísticas salvadoreñas y centroamericanas y del proceso político nacional e internacional. Cuando discutía o se encontraba molesto, los ángulos de su cara se afilaban, en especial la nariz.

En sus juicios era cauteloso, siempre daba un compás de espera al desarrollo de los acontecimientos antes de adoptar postura. Así, por ejemplo, se opuso a atacar de inmediato a los gobiernos de Duarte y Cristiani. Opinó que era necesario esperar y darles una oportunidad para constatar si cumplían con lo prometido en la campaña electoral. Cuando Duarte no cumplió, lo atacó fuertemente, desenmascarando su fachada democrática. Con el gobierno de Cristiani, le faltó tiempo.

En lo personal era austero. De pocas cosas. Bastante escrupuloso con el dinero. En vísperas de su asesinato, al trasladar sus cosas a la nueva residencia, en el recinto de la UCA, se desprendió de casi todos sus libros. Los regaló a las dos bibliotecas de la UCA. En sus viajes, que eran frecuentes, no se distraía en asuntos ajenos al propósito principal del viaje.

Desde su juventud fue un gran deportista. Escaló los Andes, jugó fútbol y frontón. Seguía muy de cerca la liga española y su equipo de juventud (el Athletic de Bilbao). Oía con religiosidad el programa diario de deportes de Radio Exterior de España. Mientras duraba la emisión, no se le podía molestar. Durante los mundiales de fútbol, se escapaba de la oficina para ver los juegos en la televisión. El frontón de los miércoles y sábados era punto obligado de la agenda semanal para él, Montes, Martín-Baró y Amando López. Al igual que en las otras cosas que le interesaban, estaba al tanto del acontecer deportivo europeo, centroamericano y estadounidense.

En Ellacuría, la compasión y el servicio fueron cosas últimas. El encuentro con Mons. Romero le proporcionó una ultimidad nueva, la cual se expresó más en su vida que en sus escritos: la gratuidad. Cabe recordar aquí su insistencia en la dimensión ética y práctica de la inteligencia. Le gustaba repetir que había que hacerse cargo de la realidad y cargar con ella, con lo oneroso de ella. Ellacuría llevó esto a cabo de una manera insigne, pero al mismo tiempo fue avanzando en la dimensión de la gratuidad, lo cual, puede expresarse con otra frase muy suya, “dejarse cargar por la realidad”. Más aún, como el “llevarse mutuamente” de la solidaridad. En los pueblos crucificados vio el sacramento de la presencia de ese Dios misterioso en el mundo, y en su esperanza, su compromiso y su dignidad veía la fe en Dios de ese pueblo. Se conservan dos textos, escritos poco antes de su martirio, donde habla de la fe y de Dios. El primero es parte del discurso pronunciado en Barcelona, el 6 de noviembre de 1989, cuando le concedieron el premio Alfonso Comín. En esa ocasión, eminentemente política, dijo: “en el plano teologal somos partidarios de poner en tensión a la fe con la justicia [y hay que poner ambas al servicio] de las mayorías populares y a algunos valores fundamentales del reino de Dios, predicado utópicamente por Jesús”. El segundo texto es su último escrito teológico “Utopía y profetismo”, el cual concluye con las siguientes palabras, verdadera síntesis de su caminar en la historia, en fe y oscuridad: “la negación profética de una Iglesia como el cielo viejo de una civilización de la riqueza y del imperio y la afirmación utópica de una Iglesia como el cielo nuevo de una civilización de la pobreza es un reclamo irrecusable de los signos de los tiempos y de la dinámica soteriológica de la fe cristiana historizada en hombres nuevos, que siguen anunciando firmemente, aunque siempre a oscuras, un futuro siempre mayor, porque más allá de los sucesivos futuros históricos se avizora el Dios salvador, el Dios liberador”.

Ellacuría se dejó llevar por la fe de Mons. Romero y por la fe de su pueblo crucificado. Esto es importante, porque el Ellacuría a quien en casi todas las otras cosas le tocaba ir por delante y llevar a otros, en la fe se sentía llevado por otros. En el saberse llevado por la fe de otros, Ellacuría experimentó la gratuidad de la fe en Dios. En definitiva, la fe lo llevó al martirio, y mientras tanto, lo llevó a caminar en la historia. En ese caminar siempre se esforzó por “actuar con justicia”, como dice el profeta Miqueas, pero también experimentó la humildad de quienes tienen que habérselas con Dios.

La presencia de Ellacuría en la UCA como directivo y profesor se hizo sentir. Muy pronto concibió que la misión más importante de la universidad no era formar profesionales. Su centro no se encontraba en el recinto universitario, sino en la sociedad en la cual estaba inserta. El gran problema de la universidad eran las mayorías populares. El punto de partida de esta descentralización de la misión universitaria está dado por una doble consideración. La primera y la más evidente es que la universidad tiene que ver con la cultura, el saber y un determinado ejercicio de la racionalidad intelectual. La segunda, ya no tan evidente, es que la universidad es una realidad social, marcada históricamente por lo que es la sociedad en la que está inserta y destinada a iluminar y transformar, como fuerza social que es, esa realidad en la que vive, de la que vive y para la que debe vivir. De ahí surge la cuestión fundamental para la universidad: ¿en qué consiste servir universitariamente transformando e iluminando la realidad social y del pueblo en la cual se encuentra inserta?

En los últimos años de la década de los sesenta, luchó para abandonar los esquemas desarrollistas y optar por la liberación. Quería poner la estructura universitaria al servicio de la liberación del pueblo salvadoreño, pero siempre desde el modo propio de la universidad. Los principios liberadores de la UCA quedaron delineados en un famoso discurso, escrito por él, pero leído por el P. José María Gondra, en la sede del Banco Interamericano de Desarrollo, en Washington, con motivo de la firma del primer préstamo de la UCA con dicho banco, en 1970. Una de las primeras batallas internas que dio para concretar estos principios fue por el tipo de estructura física que la UCA debía adoptar. Se opuso a los planes para construir un recinto universitario de primer mundo. Peleó para que los nuevos edificios, que serían construidos con el préstamo, se adecuaran a la realidad del tercer mundo y a la misión de la UCA, pero no por eso debían ser menos cómodos y hermosos.

La necesidad de proyectar el saber de la UCA sobre la realidad nacional y regional, lo llevó a buscar un órgano de difusión. Es así como la UCA se hizo cargo de la revista Estudios Centroamericanos (ECA), fundada en 1936 por los jesuitas del Colegio Externado. La primera edición de esta nueva época de ECA fue la última de 1969, dedicada a analizar las causas y consecuencias de la guerra con Honduras. La tesis fundamental era que la raíz del conflicto era la injusta distribución de la tierra en El Salvador. La UCA repitió esta denuncia en el primer congreso sobre reforma agraria, convocado por la Asamblea Legislativa, en 1970. Desde entonces, ECA ha sido el órgano de difusión del pensamiento crítico de la UCA y la cátedra más importante de Ellacuría. Una extensa bibliografía conformada por editoriales, artículos y comentarios políticos, filosóficos y culturales es testimonio de su intensa actividad intelectual. Bajo su dirección, ECA se convirtió en la revista más autorizada sobre la realidad salvadoreña. Poco después, Ellacuría promovió la publicación de revistas especializadas y la creación de la editorial universitaria (UCA Editores). La publicación de una producción intelectual cada vez más amplia y el temor de las imprentas nacionales a publicar los textos más críticos de la universidad, llevaron a la creación de los Talleres Gráficos de la UCA.

Con todo, Ellacuría no estaba satisfecho. Uno de sus últimos proyectos fue la apertura de una radio universitaria que complementara la amplia proyección impresa de la producción de la UCA. Durante el arzobispado de Mons. Romero, Ellacuría pudo experimentar el poder de la radio. Entre 1978 y 1979, por la emisora del arzobispado (YSAX) salieron al aire comentarios elaborados por Ellacuría y otros miembros de la UCA. Estos comentarios formaban parte de los noticieros de la emisora, los cuales alcanzaron una audiencia nacional importante.

En 1975, con motivo de sus primeros diez años de existencia, la UCA optó claramente por la liberación de las mayorías populares, “el sentido último de la universidad y lo que es en su realidad total debe mensurarse desde el criterio de su incidencia en la realidad histórica, en la que se da y a la que sirve. Debe mensurarse, por tanto, desde un criterio político”,

correctamente entendido, escribió Ellacuría en la presentación de la edición de ECA, “La UCA diez años después”. Y siguió, “en el proceso de liberación de los pueblos latinoamericanos, la universidad no puede hacerlo todo, pero lo que tiene que hacer es indispensable. Y si falla en este hacer, ha fracasado como universidad y ha traicionado su misión histórica”. Diez años más tarde, ya siendo rector de la UCA, Ellacuría confirmó y avanzó sobre estos principios, plasmados en la misión de la universidad.

La UCA fue su vida y su pasión. Pero no porque hiciera de ella un absoluto, sino porque la concibió como un instrumento para servir a la liberación del pueblo salvadoreño. Bajo su dirección e inspiración, la UCA se convirtió en una universidad con un sólido prestigio académico y con una proyección hacia la sociedad eficaz. En el campo académico, estaba convencido de la necesidad de elevar el nivel de la educación superior y para eso impulsó la elaboración de una nueva ley. Creía que la UCA ya había dado de sí a nivel de licencias y, en consecuencia, debía dar el paso a los postgrados. Desde la rectoría, había comenzado a impulsar los programas de maestría. A las de administración de empresa y teología quería agregar las de ingeniería, ciencias políticas y sociología, y un doctorado en filosofía. En esto estaba trabajando, cuando lo asesinaron. El propósito de sus últimos viajes fue buscar respaldo institucional y recursos para estos programas. Ellacuría no se estancaba en los logros, siempre buscaba un más que lo llevara a superar lo conseguido. Las unidades de proyección social fueron idea suya, en lo fundamental. En sus inicios, las seguía de cerca, pero una vez encontrado el camino, las dejaba para que se desarrollaran, y así, él podía concentrarse en otro proyecto. En este contexto estaba pensando en la celebración de los 25 años de la UCA. Quería hacer del aniversario una ocasión para relanzar la actividad académica y la proyección social de la universidad.

Ignacio Martín-Baró y Segundo Montes fueron claves en el desarrollo de la UCA, puesto que asumieron responsabilidades académicas y administrativas muy importantes. Los dos fueron miembros de la Junta de Directores, en la década de los ochenta. Junto con Ellacuría ocuparon los cargos de Rector, Vicerrector Académico y jefes de tres departamentos y de dos institutos. Los tres dirigieron sus respectivos departamentos de Psicología, Sociología y Filosofía con gran dedicación e intensidad. Los tres establecieron una relación casi paternal con sus discípulos más dotados. Los animaron a especializarse en el exterior para luego regresar a la UCA. Las unidades que cada uno de ellos supervisaba o dirigía -el Instituto Universitario de Opinión Pública, el Instituto de Derechos Humanos y el Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación- se convirtieron en extensiones de sus departamentos respectivos, en los cuales las lealtades personales contaron mucho. Ellacuría nunca fue director del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación, pero éste y su publicación semanal Proceso eran, sin duda, suyos. Desde 1985, casi todos los investigadores y escritores de la unidad habían sido estudiantes de filosofía.

La transformación agraria de 1976, impulsada por el régimen militar, lanzó la figura de Ellacuría al ámbito público. Desde entonces, siempre estuvo presente en las grandes crisis del país, a través de sus análisis críticos y sus propuestas creativas. La UCA, aun en contra del parecer de algunos de sus miembros, apoyó el plan de transformación agraria del presidente Molina, porque Ellacuría consideró que, pese a todas sus limitaciones, beneficiaría a las mayorías populares y porque al mismo tiempo era un ataque contra la oligarquía terrateniente. Molina pidió el apoyo de la UCA, pero en el momento decisivo, retrocedió ante la presión de la oligarquía. Entonces, Ellacuría escribió un famoso editorial en ECA, titulado “A sus órdenes mi capital”, en el cual denunció que “el gobierno ha cedido, el gobierno se ha sometido, el gobierno ha obedecido. Después de tantos espavientos de previsión, de fuerza de decisión, ha acabado diciendo, ‘a sus órdenes mi capital’”. El editorial le costó a la UCA el subsidio gubernamental y cinco bombas, colocadas por una organización paramilitar de

derecha, conocida como Unión Guerrera Blanca. No era esta la primera vez que la proyección social de la UCA molestaba al gobierno. Hubo dos antecedentes. Dos publicaciones. La primera fue un estudio de la huelga de ANDES 21 de Junio y la segunda fue un estudio de las elecciones presidenciales de 1972, donde se quedó probado de manera consistente, la existencia de fraude. Estas publicaciones también le costaron el subsidio gubernamental a la UCA y ambas dieron inicio a la larga serie de libros que ahora conforman el acervo editorial de UCA Editores. Paradójicamente, el coronel Molina fue el presidente que le concedió la nacionalidad salvadoreña a Ellacuría.

En el contexto de la crisis de la transformación agraria, Rutilio Grande fue asesinado, el 12 de marzo de 1977, iniciando así la larga lista de sacerdotes y religiosas asesinados por las fuerzas de seguridad. Pocas semanas más tarde, la Unión Guerrera Blanca ordenó a todos los jesuitas abandonar El Salvador so pena de ser asesinados. Ninguno salió, pero Ellacuría, quien se encontraba en Madrid trabajando con Zubiri, tal como lo hacía todos los años, no pudo regresar hasta agosto de 1978. El gobierno salvadoreño, por presión de Estados Unidos, tuvo que brindar protección policial a las residencias y obras de los jesuitas.

La crisis nacional se agravó hasta desembocar en el golpe de Estado del 15 de octubre de 1979, dirigido por los oficiales jóvenes de la Fuerza Armada. La UCA y el mismo Ellacuría apoyaron el movimiento de los militares. El primer gobierno estuvo integrado por destacados académicos de la UCA, entre ellos, su Rector, Román Mayorga, y su Director de Investigaciones, Guillermo Ungo. El gobierno fracasó y la violencia se desató. En marzo de 1980, Mons. Romero cayó víctima del odio. En una de las dos residencias universitarias y en la UCA misma estallaron varias bombas. En la residencia de los jesuitas estallaron dos bombas en menos de 48 horas. La situación se deterioró tanto que, a finales de 1980, poco después del asesinato de los dirigentes de la oposición política de la izquierda, Ellacuría salió del país, bajo la protección de la embajada española. Sus amigos le avisaron que en una reunión de comandantes se había discutido una lista de personalidades que serían asesinadas, entre las cuales se encontraba él. Sin dejar de ser Rector, permaneció fuera de El Salvador hasta abril de 1982.

A raíz del fracaso de la ofensiva del FMLN de enero de 1981, Ellacuría comenzó a madurar dos ideas importantes y estrechamente relacionadas, ninguna de las cuales fue bien comprendida. La primera fue la inviabilidad de la violencia armada como solución de la crisis nacional. La única salida posible era el diálogo de las partes enfrentadas. La segunda fue lo que dio en llamar la tercera fuerza. Su tesis era que ni el gobierno, ni los partidos políticos, ni el ejército, ni la guerrilla podían garantizar los intereses de las mayorías populares, porque todos ellos tenían como prioridad la toma del poder y la defensa de unos intereses muy particulares. Por consiguiente, las mayorías tenían que manifestarse por sí mismas y velar por su propio bienestar. El bien del país radicaba en el bienestar de esas mayorías y, por consiguiente, el conflicto armado debía resolverse teniendo delante este bienestar. Ni la derecha ni la izquierda aceptaron su postura, aunque por razones distintas.

No obstante, Ellacuría mantuvo hasta el final de sus días que la única salida al conflicto armado era la negociación política. De ahí que la ofensiva militar del FMLN de noviembre de 1989 le molestara muchísimo. En realidad estaba muy enojado, porque, en su opinión, esa ofensiva traería más males que bienes. Le pareció que el FMLN se había precipitado y derrochaba las fuerzas que con tanto trabajo había acumulado en los últimos años. Tampoco estaba muy satisfecho con la postura del FMLN en la mesa de negociación tenida en San José (Costa Rica). En su enojo, dijo que exigiría a ambas partes respetar la UCA como terreno neutral. Según él, la neutralidad de la UCA, reconocida por ambas partes, podía convertirse en un precedente importante para el país, puesto que se podría hacer lo mismo con los templos, los hospitales, las escuelas, etc.

En octubre de 1985, la presencia pública de Ellacuría dio un salto hacia adelante. En septiembre de ese año, pese a la mutua antipatía que existía entre él y el presidente Duarte - porque, entre otras cosas, el presidente Duarte no quiso reconocer de forma pública que la Policía Nacional había asesinado sin causa alguna a un estudiantes de la UCA en el mismo recinto universitario, alegando razón de Estado-, junto con Mons. Rivera, hizo de mediador con el FMLN para conseguir la liberación de la hija de aquél. Después de largas horas de negociación con la guerrilla, para lo cual ambos tuvieron que desplazarse por la zona de guerra e incluso a Panamá, consiguieron la libertad de la hija de Duarte a cambio de la liberación de 22 presos políticos y la salida del país de 101 lisiados de guerra.

En ese mismo año de 1985, Ellacuría fundó la Cátedra de Universitaria de Realidad Nacional en la UCA. La cátedra se convirtió en un foro abierto, donde se discutieron los problemas nacionales y regionales. En ella hablaron políticos, sindicalistas, dirigentes populares y eclesiásticos. Sin embargo, cuando hablaba Ellacuría, el auditorio universitario resultaba pequeño. En varias ocasiones, desde esta cátedra, pidió a sus adversarios que combatieran sus ideas con otras ideas y no con bombas ni con balas. La radio y la televisión multiplicaron su voz y su imagen fuera del ámbito universitario. La cátedra llegó a ser un acontecimiento cubierto por periodistas, fotógrafos y embajadores. Cuando la televisión abrió espacio para los noticieros, la cátedra perdió originalidad; pero ya había cumplido su función al romper el cerco impuesto para discutir la realidad nacional de manera libre.

Su conocimiento de las interioridades y complejidades del proceso salvadoreño y su visión de sus dificultades y sus posibles soluciones lo convirtieron en una de las referencias obligadas de periodistas extranjeros, diplomáticos y políticos nacionales. A medida que la década avanzó, las entrevistas para la prensa, la radio y la televisión se multiplicaron. Esta larga y variopinta serie de visitantes no le disgustaba, porque decía aprender mucho de ellos. Era más lo que ellos le contaban que lo que él les podía decir. De manera simultánea aumentaron las invitaciones a congresos y conferencias en el exterior.

Ellacuría mantuvo que la causa fundamental del conflicto armado no era la agresión del comunismo internacional, tal como lo sostenía el discurso oficial, sino la injusticia estructural. Por consiguiente, sólo superándola podría erradicarse la lucha violenta de clases. Cuando Cristiani llegó al poder en 1989, tomó en serio su propuesta de reanudar el diálogo sin condiciones. Saludó al primer gobierno de la derecha radical en un editorial de ECA como la consolidación de “la línea civilista de Cristiani, frente a la línea militarista de D’Aubuisson y a la línea escuadronera de cabeza clandestina”. En privado habló de estas tres tendencias de ARENA, pero agregando, por primera vez desde que había regresado a El Salvador en 1982, que “ahora sí puede pasar...”, es decir, que esta vez sí podrían asesinarlo. De hecho, a mediados de 1989, un rumor aseguraba que lo habían matado. Durante el régimen de Duarte, a quienes le advertían que se cuidara, les respondía que la política estadounidense no permitiría que atentaran contra su vida. Al llegar ARENA al poder, el freno era más débil. Cuando le preguntaban si tenía miedo, respondía que no; pero de inmediato añadía que eso no era ningún mérito, porque era parte de naturaleza, de la misma manera que tampoco tenía olfato.

El registro de la residencia hecho por el batallón Atlacatl la noche del 13 de noviembre no lo interpretó como una amenaza grave, sino como una señal de seguridad. Cuando alguien le insistió, le respondió que no había que ser paranoico. Ya habían visto que no había nada y, por lo tanto, no los molestarían más. Más aún, al oficial que dirigió el registro le advirtió, bastante molesto, que el hecho costaría muy caro al gobierno. Pidió hablar con el Ministro de Defensa o con el superior del oficial al mando de la operación, pero éste se lo negó de manera tajante, argumentando que cumplía órdenes superiores. Pareciera que Ellacuría quiso demostrar que

no debía nada. Escondarse podría haber sido interpretado como si hubiera hecho algo malo. Por eso no le gustó que los dirigentes de la oposición política hubieran buscado refugio en las embajadas.

Ellacuría valoró sobremanera el pensamiento como orientador de la sociedad y era un convencido de su eficacia transformadora. A quienes lo cuestionaban acerca de la eficacia del quehacer universitario con su pesada carga institucional y administrativa, respondía que lo que contaba era el largo plazo. La UCA construía para el largo plazo y no había otra forma de hacerlo que dedicarse de lleno, asumiendo el tedio y la rutina. Creía, además, que el quehacer intelectual, cuando cultiva la realidad, conlleva tantos riesgos como cualquier otro.

La opción universitaria a favor de la liberación de las mayorías empobrecidas estaba haciendo estragos en su salud y su ánimo, así como también en el de los demás. En particular, Ellacuría llevaba tres años muy cansado y padeciendo quebrantos de salud. Se había encerrado en sí mismo, volviéndose callado, serio e incluso hosco. Cumplía con sus responsabilidades administrativas, daba su clase, atendía a visitantes e invitaciones en el exterior, y, además, encontraba tiempo para escribir. En estos últimos años, casi no revisaba lo que escribía, lo entregaba al editor tal como le salía. En esta época última, a su rendimiento como escritor le daba un siete o un ocho. A quien le recomendaba descanso, le respondía que el pueblo no descansaba de la guerra ni de la pobreza. Lo menos que podía hacer era seguir trabajando por su liberación y su paz, sin importarle el mal carácter, la enfermedad o no llegar al final, pues, en este caso, también habría cumplido con su misión.

En los últimos meses de 1989, Ellacuría repitió que aunque hubiese algunas turbulencias en la superficie del proceso, en la profundidad de su curso, éste seguía avanzando incontenible hacia una paz justa. Su muerte pasó a formar parte de esas turbulencias superficiales. Su vida y la de sus compañeros, entregada libre y generosamente, ya forma parte del curso profundo del proceso salvadoreño.



Ignacio Martín-Baró nació en Valladolid en 1942 y estaba en Centroamérica desde 1962. Era vicerrector de la UCA en el momento de su asesinato y director del departamento de Psicología. Sus estudios y obras intentaron responder a la dura represión política, el menosprecio a los derechos humanos y la creciente exclusión sociocultural y económica en América Latina. Fundó el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) que fue y es, en la actualidad, muy importante para la realización de estudios rigurosos sobre la opinión pública en El Salvador.

Nació el 7 de noviembre de 1942, en Valladolid (España). Entró en el noviciado de la Compañía de Jesús de Orduña, el 28 de septiembre de 1959. Después, sus superiores lo trasladaron al noviciado de Villagarcía y de ahí lo enviaron al de Santa Tecla, en El Salvador, donde hizo su segundo año de noviciado. Concluido éste a finales de septiembre de 1961, salió para Quito, donde estudió humanidades clásicas, en la Universidad Católica; pero en 1962, lo encontramos en la Universidad Javeriana, en Santafé de Bogotá, donde estudió filosofía. Dos años después obtuvo el bachillerato en filosofía y al año siguiente, en 1965, la licenciatura en filosofía y letras.

En 1966, Martín-Baró interrumpió sus estudios, tal como es usual en la formación de los jesuitas, y fue destinado al Colegio Externado, en el cual fue profesor e inspector durante dos años; sin embargo, en 1967, dio algunas clases en la UCA. Ese mismo año fue enviado a estudiar teología en Frankfurt, pero poco después se trasladó a Lovaina. Obtuvo el bachillerato en teología en Eegenhoven, en 1970. El último de los cuatro años de teología lo hizo en San Salvador. El regreso de Martín-Baró fue parte del esfuerzo de Ellacuría por traer a Centroamérica la formación de los estudiantes jesuitas.

Ya durante su estancia en Santafé de Bogotá se sintió atraído por la psicología y se dedicó a leer todo lo que encontró sobre el tema. Al concluir su cuarto año de teología en San Salvador, Martín-Baró continuó sus estudios de psicología, esta vez de forma sistemática, en la UCA. En 1975 obtuvo la licenciatura. Entre 1972 y 1976 fue profesor de psicología, un decano de estudiantes muy popular y miembro del Consejo Superior Universitario. Entre 1971 y 1974 fue jefe del Consejo de Redacción de ECA y entre 1975 y 1976 fue su director. En esta época, Martín-Baró escribió sobre un abanico amplio y ecléctico de materias, desde el último Premio Nobel de literatura hasta James Bond, desde el machismo hasta la marihuana. En 1971 y 1972 fue profesor de psicología de la Escuela Nacional de Enfermería, en Santa Ana.

Insatisfecho con la licenciatura en psicología, Martín-Baró optó por la especialización en Estados Unidos. En 1977 obtuvo la Maestría en Ciencias Sociales en Chicago University. Dos años más tarde, en 1979, recibió el título de doctor en psicología social y organizativa en la misma universidad. En la tesis de maestría trató de las actitudes sociales y los conflictos grupales en El Salvador y en la de doctorado, sobre la densidad demográfica de las clases populares salvadoreñas. Sus compañeros de universidad lo recuerdan como alguien dedicado completamente a sus estudios y ansioso por recibir noticias frescas de El Salvador.

Terminados los estudios de postgrado, regresó a San Salvador y a la UCA, donde reanudó su actividad docente. Desde 1981 fue Vicerrector Académico y miembro de la Junta de Directores. En 1989, al dividirse la Vicerrectoría Académica, pasó a ser Vicerrector de Postgrados y en Director de Investigaciones. En 1982, la Junta de Directores lo designó jefe del Departamento de Psicología. En 1986, fundó y dirigió el Instituto Universitario de Opinión Pública. Además, fue miembro del Consejo Editorial de UCA Editores y de los consejos de redacción de las revistas ECA, Revista de Psicología de El Salvador y Polémica (Costa Rica). Fue profesor invitado de la Universidad Central de Venezuela, de la Universidad de Zulia (Maracaibo), de la Universidad de Puerto Rico (Río Piedras), de la Universidad Javeriana de Santafé de Bogotá, de la Universidad Complutense y de la Universidad de Costa Rica. Era miembro de la American Psychological Association y de la Sociedad de Psicología de El Salvador; asimismo, era vicepresidente para México, Centroamérica y el Caribe de la Sociedad Interamericana de Psicología.

Todo esto significa que Martín-Baró mantuvo una comunicación intensa y variada con sus colegas y varias prestigiosas instituciones de educación superior. Siempre les hacía sugerencias útiles, les enviaba material, les ofrecía ayuda y los animaba a publicar sus trabajos importantes. Creía que las asociaciones de psicólogos debían promover redes de comunicación y cooperación docente, de investigación y práctica profesional alrededor del mundo.

La vida de Ignacio Martín-Baró –o “Nacho” como era conocido comúnmente por sus amigos más cercanos- puede sintetizarse diciendo que fue escritor, maestro, universitario y pastor. Tenía una pluma fácil y un lenguaje exquisito. Cultivó mucho la lengua castellana. Sus escritos eran agudos e inteligentes. Publicó once libros y una larga lista de artículos y comentarios de carácter científico y cultural, en diversas revistas latinoamericanas y estadounidenses. Por lo general, tenía varios artículos pendientes. En la década de los ochenta, sin embargo, en su

bibliografía predomina ya la psicología social. A quienes le solicitaban contribuciones, les pedía que lo esperaran, pues le costaba negarse. Era feliz escribiendo en la computadora y sobre todo elaborando gráficas. Gozaba mucho cuando descubría una opción nueva en la máquina o cuando instalaba un nuevo programa en ella. Cuidó mucho sus propias publicaciones y también las de otros, cuando éstas estuvieron bajo su responsabilidad de editor o jefe de redacción. Corregía las pruebas personalmente y era muy raro que se le escapara una errata; de la misma manera, cuidaba mucho las referencias bibliográficas de sus escritos.

Regresando a las raíces históricas de la psicología, Martín-Baró argumentaba que “la conciencia no es simplemente el ámbito privado del saber y sentir subjetivo de los individuos sino, sobre todo, aquel ámbito donde cada persona encuentra el impacto reflejo de su ser y de su hacer en la sociedad, donde asume y elabora un saber sobre sí mismo y sobre la realidad que le permite ser alguien, tener una identidad personal y social”. Comprendida de esta manera, la conciencia humana es, en lo esencial, psicosocial e ininteligible sin referencia a la realidad que la circunda y la define –al menos de manera parcial. Según Martín-Baró, en el psicólogo recae la tarea de ayudar a esta conciencia humana a tener una comprensión mayor de su identidad personal y social.

Martín-Baró retomó el concepto “concientización”, acuñado por Paulo Freire, para caracterizar esta tarea fundamental de la psicología social. Freire llamó concientización al proceso por el cual los oprimidos latinoamericanos se alfabetizaron, a través de una relación dialéctica con el mundo circundante. “Alfabetizarse es sobre todo aprender a leer la realidad circundante y a escribir la propia historia”, explicaba Martín-Baró. Pero para los oprimidos latinoamericanos es un proceso que implica una transformación personal y social, comprendida en el concepto “liberación”.

El servicio a las mayorías populares debía comenzar con un diagnóstico psicológico de la guerra, sufrida de manera directa por los pobres, independientemente del ejército en el cual se encontrasen. Las víctimas eran bajas o a veces comunidades enteras forzadas a abandonar sus hogares para huir al exilio o buscar refugio en territorio salvadoreño. Martín-Baró encontró que la guerra se caracterizaba por la violencia, la polarización y la mentira institucionalizada. Lo mejor que cada lado tenía que ofrecer había sido destruido por el enemigo respectivo, “la razón es desplazada por la agresión, y el análisis ponderado de los problemas es sustituido por los operativos militares”.

Martín-Baró advirtió sobre la división de la sociedad por una especie de “espejo ético”, que hizo que ambos lados se contemplasen como “ellos” y “nosotros”, “los buenos” y “los malos”. Cada grupo estaba separado por un abismo insalvable, en el cual no cabía el sentido común. La mentira ocultaba estas realidades y al mismo tiempo reforzaba la idea que la única solución a la violencia era más violencia: “casi sin darnos cuenta nos hemos acostumbrado a que los organismos institucionales sean precisamente lo contrario de lo que les da la razón de ser: quienes deben velar por la seguridad se han convertido en la fuente principal de la inseguridad, los encargados de la justicia amparan el abuso y la injusticia, los llamados a orientar y dirigir son los primeros en engañar y manipular”.

A Martín-Baró no le pasó desapercibido el cambio de la naturaleza de la guerra sucia a la psicológica, ocurrido a mediados de la década de los ochenta; sin embargo, encontró que no había mayor diferencia entre una y otra. Aun cuando durante el gobierno de Duarte el perfil de la violencia cambió, el nivel de la polarización disminuyó –en su mayor parte por cansancio y desilusión ante las posturas extremas- y el ocultamiento sistemático de la realidad experimentó una transformación obvia, la guerra seguía siendo tan destructiva como antes.

En el prólogo de *Acción e ideología* (1983), Martín-Baró describió con bastante exactitud las dificultades y el privilegio del quehacer académico, en un país en guerra como El Salvador. Ahí explicó que esas páginas habían sido “escritas en el calor de los acontecimientos, en medio de un cateo policial al propio hogar, tras el asesinato de algún colega o bajo el impacto físico y moral de la bomba que ha destruido la oficina donde se trabaja. Estas vivencias [...] permiten adentrarse en el mundo de los oprimidos, sentir un poco más de cerca la experiencia de quienes cargan sobre sus espaldas de clase siglos de opresión y hoy intentan emerger a una historia nueva. Hay verdades que sólo desde el sufrimiento o desde la atalaya crítica de las situaciones es posible descubrir”.

Martín-Baró fue un maestro de varias generaciones de psicólogos salvadoreños. Sus primeras clases en la UCA, a comienzos de los setenta, las convirtió en lo que fue su primer libro, *Psicodiagnóstico de América Latina* (1972). Siguió otros textos destinados a las aulas universitarias, también escritos al calor de la docencia. En ellos integró la psicología social tradicional en el contexto de la guerra civil salvadoreña. En ellos sostenía que la psicología debía enfrentar los problemas nacionales y, por lo tanto, debía ser desarrollada desde las condiciones sociales existentes y las aspiraciones históricas de las mayorías populares. Invitaba a sus estudiantes a analizar el comportamiento humano en su contexto. En sus clases y escritos rechazó la postura cómoda, pero falsa, de una psicología imparcial. En su lugar, enseñó una psicología comprometida críticamente con los diferentes proyectos alternativos de sociedad que en ese entonces había en América Latina. Demostró poseer una habilidad especial para integrar teorías diversas y cuestionar creencias establecidas. Su agudeza le facilitaba relacionar conceptos aparentemente contradictorios. Desde el potencial desideologizador de la psicología social cuestionó los modelos teóricos principales de la psicología, a los cuales consideró inadecuados para enfrentar situaciones de violencia colectiva como las que se vivía en El Salvador.

Una de sus preocupaciones principales era proporcionar a sus estudiantes una visión objetiva y amplia del mundo. De ahí que insistiera en la necesidad de universalizar la psicología e informar a los psicólogos de realidades diferentes a las suyas. Consecuente con este planteamiento, al regresar de sus viajes compartía con sus estudiantes lo que había observado, hablado y aprendido, relacionando lo observado fuera con la realidad salvadoreña.

Sus estudiantes lo recuerdan con cariño, pero también como un profesor exigente, en particular en los exámenes. Los obligaba a leer distintos autores, a investigar y a participar en clase. Las primeras generaciones de psicólogos lo recuerdan como amigo de bromas y amplia camaradería; las últimas generaciones ya no conocieron esta faceta, sino que se encontraron con un Martín-Baró serio y grave, agobiado por la situación del país y las responsabilidades que llevaba sobre sus hombros. Las primeras generaciones recuerdan cómo durante la clase iba tomando los lápices y bolígrafos de los estudiantes y los iba repartiendo de manera desordenada; al salir del aula, éstos debían identificar el paradero de sus lápices y bolígrafos con los demás compañeros.

Martín-Baró fue profesor de rituales muy acentuados. Se presentaba en el aula con un paraguas tipo inglés y con un elegante maletín, del cual sólo extraía el libro de texto. Los viernes se despedía con un invariable “mis estimados estudiantes tengan todos ustedes un feliz fin de semana”. En los festivales organizados por los estudiantes de psicología era el primero en soltar sonoras carcajadas y en sonrojarse hasta las orejas cuando llegaba el momento de imitar a los profesores. En dos de esos festivales cantó la misma canción. Pero en privado, sobre todo antes de la guerra, tocaba la guitarra en las reuniones de colegas y amigos de la UCA. En estas veladas no podían faltar ni su música, ni su voz. Después, sólo lo hacía entre sus feligreses de la parroquia rural de Jayaque, en los fines de semana. Padrino de

muchas promociones de psicólogos, los recuerdos fotográficos, enmarcados de manera meticulosa, colgaban en orden riguroso, de las paredes de su oficina.

El Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA está estrechamente vinculado a Ignacio Martín-Baró. A Ellacuría le gustaba bromear con él sobre sus orígenes. Decía que la idea había sido suya. Solía contar que estando sentado en un avión, se puso a pensar qué faltaba en el arsenal de la UCA. Entonces cayó en la cuenta que todos hablaban del pueblo –los partidos políticos, el ejército, la izquierda y la UCA misma-, pero nadie le preguntaba qué pensaba en realidad. En consecuencia, la UCA debía utilizar sus recursos para preguntar al pueblo salvadoreño qué pensaba. En este punto, a Ellacuría le gustaba citar a Mao, quien decía que quien no hacía encuestas no debiera hablar. Pero si la idea original fue suya o de Martín-Baró –tal como este insistía, por otro lado-, no cabe duda alguna a quién se debe el desarrollo y el perfil del Instituto.

Para Martín-Baró, las encuestas de opinión pública eran un contrapeso eficaz para la exagerada ideologización de la vida nacional, tanto por la información que proporcionaban a la sociedad como por la facilidad con la cual ésta podía comprenderse. Bajo la dirección de Martín-Baró, desde julio de 1986 hasta su muerte, el Instituto Universitario de Opinión Pública hizo veintitrés encuestas entre la población metropolitana, urbana y rural, sobre temas que comprendieron desde el diálogo y la negociación hasta la salud, la religión y las elecciones próximas. A los encuestadores, según explicó Martín-Baró, “les tocó enfrentar grandes soles y grandes aguaceros, soportar con una sonrisa los rechazos destemplados y hasta los insultos personales; han atravesado puentes militarizados y cruzado zonas minadas; han aguantado largos interrogatorios de retenes militares y hasta amenazas a su vida por miembros de las defensas civiles de algunos cantones”. En corto tiempo, el Instituto Universitario de Opinión Pública se convirtió en uno de los medios de mayor impacto de la proyección social. Su objetividad quedó demostrada cuando fue acusado tanto de pertenecer al FMLN como a ARENA. En el momento de su muerte, Martín-Baró preparaba un programa de cinco minutos diarios en una estación de televisión.

Las encuestas del Instituto Universitario de Opinión Pública, conducidas con gran rigor por Martín-Baró, proporcionaron a la sociedad salvadoreña lo que su director llamó el “espejo social”, en el cual la población podía ver reflejada su propia imagen, mientras avanzaba en la construcción de su mundo. Así, quien en mayo de 1988 dudaba, por miedo comprensible, de si estaba o no de acuerdo con la solución negociada del conflicto armado, pudo darse cuenta de que más del 40 por ciento también lo estaba. Martín-Baró comparaba el impacto de las encuestas de opinión con el de las homilias de Mons. Romero. Las dos se caracterizaban por su pureza y autoridad. Al igual que las homilias de Mons. Romero, “las encuestas de opinión pública pueden ser una manera de devolver la voz a los pueblos oprimidos”. Es un instrumento que “al reflejar con verdad y sentido la experiencia popular, abre la conciencia al sentido de una nueva verdad histórica por construir”.

Con todo, El Salvador no estaba acostumbrado a la cultura de la encuesta. La población desconfiaba de los encuestadores y muchas veces se negaba a responder e incluso los recibía con insultos. Los resultados eran recibidos con desconfianza por el orden establecido y los ataques de quienes se consideraban maltratados o en desventaja no se hacían esperar. Al preguntar por las raíces de la guerra, el Instituto fue objeto de fuertes críticas y de la ira por parte de la extrema derecha. Al dar a conocer el fuerte apoyo popular al diálogo y la negociación, los ataques se repitieron. La prueba de fuego del Instituto Universitario de Opinión Pública fueron las elecciones legislativas de 1988 y las presidenciales de 1989. El Instituto proyectó con exactitud asombrosa el resultado de ambas elecciones. Las primeras encuestas daban como ganador a ARENA. El Partido Demócrata Cristiano, en ese entonces en

el poder, y algunos medios de comunicación social atacaron ferozmente al Instituto e intentaron desprestigiarlo. Al final, la realidad confirmó la objetividad de las proyecciones.

Martín-Baró era sumamente cauteloso con los resultados de las encuestas. Nunca los sobredimensionó; siempre trató de contextualizarlos e interpretarlos. Editaba personalmente los informes con los resultados de las encuestas; estas ediciones son un ejemplo de nitidez y buen gusto. Los informes de las encuestas principales de 1987 y 1988 fueron publicados por UCA Editores, en dos volúmenes. Tampoco puso en peligro a los encuestadores –ni a los encuestados. Reclutó y entrenó un equipo de encuestadores y supervisores de campo, el cual llegó a identificarse con sus ideales y principios; compartieron con él su pasión por registrar la respuesta de cada uno de los estratos sociales. El obstáculo más grande que encontró fue el miedo generalizado. “La gente oculta sus sentimientos políticos reales, incluso en su propia casa”, comentó. Y luego agregó que ningún lugar era seguro para expresar lo que en realidad se pensaba, ni siquiera la oficina del psicólogo. El paciente no confiaba en el terapeuta hasta no estar seguro de sus ideas políticas. Y había razones de sobra para sentir temor. Varios hombres armados no identificados se llevaron el vehículo del Instituto y con él, varios centenares de papeletas llenas de la última encuesta que dirigió.

En 1988, Martín-Baró y otros colegas de Centroamérica, México y Estados Unidos establecieron el Programa Centroamericano de Opinión Pública, por el cual diferentes institutos universitarios dedicados a esta labor se unieron en un proyecto común. Martín-Baró estaba preocupado por el abuso que los gobiernos y ciertas firmas comerciales hacían de las encuestas. Bajo su dirección, el programa elaboró un código profesional de prácticas. En los últimos meses de su vida, dirigió la elaboración de los informes del estudio político más grande hecho hasta entonces en Centroamérica. Se trataba de cuatro mil entrevistas en profundidad, hechas en El Salvador, Costa Rica y Nicaragua. Estaba organizando además una comisión internacional de académicos para monitorear y evaluar las encuestas pre-electorales de Nicaragua.

A Martín-Baró la UCA le debe mucho. Siempre ocupó un cargo administrativo alto. En los últimos tres años se quejó con frecuencia de la rutina administrativa y en algunas ocasiones, probablemente cuando se sentía más cansado, amenazó con renunciar. De él dependía, en último término, la calidad académica de la universidad en cuanto Vicerrector de esta área. No sólo se ocupaba de las contrataciones de docentes, sino que, a veces, supervisaba personalmente el desempeño de los docentes en las aulas y ponía mucha atención a las evaluaciones que de los estudiantes. Al observar que algunos docentes no cumplían con las horas contratadas, comenzó a visitarlos en sus oficinas con cierta regularidad. Aunque algunos percibían estos controles como policíacos –y él lo sabía-, más le molestaba la falta de seriedad y la irresponsabilidad. Con algunos hablaba; a otros les enviaba notas con sus observaciones. Pero siempre se esforzó por ser considerado y prudente.

Martín-Baró fue delicado con las personas. Felicitaba por teléfono a los docentes el día de su cumpleaños; si podía, los visitaba en su oficina para darles un abrazo. Lo mismo hacía cuando fallecía algún familiar de un empleado de la universidad. Recibía a muchos visitantes extranjeros, interesados en conocer la realidad del país y el papel de la UCA. Los periodistas lo asediaban, solicitando entrevistas, las cuales aumentaron en los últimos años. Cultivó muchas amistades dentro y fuera de la UCA. Había ordenado los nombres, las direcciones y los teléfonos de sus amigos y conocidos por país, de tal manera que cuando salía, se llevaba la lista correspondiente. Solía regresar con muchas fotografías de sus actividades y encuentros en el exterior.

Martín-Baró era muy ordenado en sus cosas. Su oficina estaba llena de libros, carpetas y

papeles, pero sabía dónde encontrar cada cosa. Sus libros estaban subrayados con colores diversos y anotados. Encuadernaba casi todo lo que caía en sus manos. En su comunidad, sus compañeros jesuitas le gastaban bromas sobre estas manías, pero él respondía que era la mejor forma para preservar las revistas y los documentos. Cuando él faltara, su biblioteca pasaría a la UCA, por lo tanto, en realidad, estaba ahorrando trabajo y tiempo. Y así fue.

El orden, sin duda, le facilitó desarrollar una labor polifacética. Tenía tiempo para casi todo. Era el primero en llegar a la UCA, pero su horario era agobiante: estaba en su oficina a las cinco y media de la mañana y trabajaba hasta las ocho de la noche, con una breve pausa a medio día. La tensión que producía vivir en condiciones de guerra continua y trabajar catorce o quince horas diarias, día tras día, año tras año, tuvo un costo elevado y real para Martín-Baró. Las horas de insomnio podía llenarlas con la lectura o la radio, pero era inevitable que contribuyeran a deteriorar su salud. Sufrió de la espalda y de un brazo. Este último le fue intervenido quirúrgicamente. Sin embargo, ninguno de estos malestares interrumpió su trabajo. Con cierta frecuencia, se levantaba del escritorio para hacer unos cuantos ejercicios que le permitieran continuar trabajando. Poco antes de morir, tuvo neumonía. Al principio no le prestó mucha atención, tanto que el médico y el superior de la comunidad se vieron obligados a ordenarle quedarse en la cama.

Su único respiro era la parroquia de Jayaque, la cual atendía los fines de semana. Jayaque era una parroquia rural, a unos treinta kilómetros de San Salvador. Los estudiantes que lo acompañaban aseguran que “su cara se encendía al entrar en el auto para ir allá. Era como si dejaba atrás al cerebral Nacho en la UCA. Allá todo era amor y felicidad”. Antes de prestar sus servicios sacerdotales en Jayaque, colaboró en la colonia Zacamil de San Salvador, donde no había sacerdote, a comienzos de la década de los ochenta. Cuando hubo quien atendiera a sus habitantes, buscó otro sitio donde prestar sus servicios los fines de semana y así encontró la parroquia de Jayaque. Comenzó atendiendo un cantón, pero acabó siendo el responsable de toda la parroquia, el último año de su vida.

Entre la gente sencilla y pobre, Martín-Baró experimentaba un cambio notable. Se volvía alegre, reía mucho y se mostraba cariñoso, sobre todo con los niños. Alegaba las reuniones y fiestas con su guitarra y su voz. Siempre tenía dulces para repartir entre niños y niñas. Consiguió una imagen de la virgen para la ermita, donde celebraba, y material de construcción para un puente. A sus estudiantes de la UCA les pedía algunas cosas para la parroquia –dulces, galletas, juguetes e incluso un altar. Con el dinero que le daban en sus viajes adquiría otras cosas también necesarias –pintura, madera, clavos, etc.- e incluso ayudaba a algunos de sus feligreses más necesitados. Cada cierto tiempo organizaba con ellos cursillos y paseos. Durante su última enfermedad, bastantes feligreses lo visitaron en su casa y también en su oficina, y le llevaron tamales, guineos, verduras de toda clase y atole. Encontraron que su última homilía había sido lúcida, como si de alguna manera hubiera previsto lo que iba a suceder.

En uno de sus últimos escritos, Martín-Baró describió cómo sería manejado su propio asesinato, “ante todo se trata de crear una versión oficial de los hechos, una ‘historia oficial’, que ignora aspectos cruciales de la realidad, distorsiona otros e incluso falsea o inventa otros. Esta historia oficial se impone a través de un despliegue propagandístico intenso y muy agresivo, al que respalda incluso poniendo en juego todo el peso de los más altos cargos oficiales [...] Cuando por cualquier circunstancia aparecen a la luz pública hechos que contradicen frontalmente la ‘historia oficial’, se tira alrededor de ellos ‘un cordón sanitario’ [...] que los relega a un rápido olvido [...] La expresión pública de la realidad [...] y, sobre todo, el desenmascaramiento de la historia oficial [...] son consideradas actividades ‘subversivas’ –y en realidad lo son, ya que subvierten el orden de mentira establecido. Se llega así a la paradoja de que quien se atreve a nombrar la realidad o a denunciar los atropellos se convierte por lo

menos en reo de la justicia”. En febrero de 1989, Martín-Baró comenzó a hablar de un ambiente en el cual prevalecía “la posibilidad de ser asesinado cualquier día y la posibilidad de verse envuelto en un choque violento en cualquier momento”.

Una de las llamadas telefónicas que los jesuitas pudieron hacer en la noche del 15 de noviembre fue la que Martín-Baró hizo a su hermana Alicia, en Valladolid. Ella lo oyó distante y sereno, pero asustado. Sin embargo, se sintió muy aliviada por haber escuchado su voz. A la mañana siguiente, Alicia contó a sus compañeras de trabajo lo feliz que estaba por haber podido hablar con él y haber sabido que estaba bien. Le había explicado que estaban virtualmente rodeados por el ejército: “Espera, escucha, escucha, ¿oyes como suenan las bombas?”. Entonces, Alicia le preguntó: “Nacho, ¿cuándo se va a arreglar eso?”. Y él le respondió: “Oh, oh, tiene que haber muchas muertes, muchas muertes todavía”.



Segundo Montes era el superior de la residencia y director del Instituto de Derechos Humanos de la UCA, que fundó. Esta institución investigaba y denunciaba las violaciones de los Derechos Humanos cometidas en el país. Había nacido en Valladolid en 1933 y estaba en Centroamérica desde 1949.

Segundo Montes también nació en Valladolid, el 15 de mayo de 1933. Ahí mismo hizo sus primeros estudios y la educación media, entre 1936 y 1950. El 21 de agosto de 1950, Montes ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús de Orduña. Ahí hizo el primer año, pues el segundo (1951) lo hizo en el noviciado de Santa Tecla, bajo la dirección de Miguel Elizondo. Este lo recuerda como “casi un adolescente”, puesto que pateaba con tal fuerza el balón de fútbol, que hacía saltar estrepitosamente las tejas de barro del comedor del noviciado. Era fogoso y audaz. Elizondo sabía que tenía mucho aguante y por eso lo corregía con dureza. Montes aceptaba con humildad las críticas y no guardaba resentimientos, pero no le resultaba fácil enmendarse, precisamente, por su energía desbordante.

En 1952, terminado el noviciado y siguiendo los pasos de otros estudiantes jesuitas centroamericanos se fue a Quito para estudiar humanidades clásicas en la Universidad Católica. Dos años después obtuvo la licencia. En 1954, comenzó los estudios de filosofía, licenciándose en 1957. Entonces, volvió a San Salvador para enseñar en el Colegio Externado durante tres años. En 1960 volvió a las aulas como estudiante. Esta vez para estudiar teología. Comenzó en Oña, donde estuvo sólo un año; los tres años restantes los hizo en Innsbruck (Austria). El 25 de julio de 1963 fue ordenado sacerdote ahí mismo. Hizo su tercera probación y regresó a San Salvador, destinado al Colegio Externado, donde hizo profesión solemne en la Compañía de Jesús, el 2 de febrero de 1968. Dos años más tarde, adoptó la nacionalidad salvadoreña, siendo uno de los primeros jesuitas en hacerlo, de lo cual se sentía muy orgulloso.

La vida de Segundo Montes transcurrió entre el Colegio Externado y la UCA. En el colegio estuvo dos temporadas, entre 1957 y 1960 y entre 1966 y 1976. Al terminar sus estudios en

Quito, sus superiores lo destinaron al colegio, donde enseñó física y fue responsable de los laboratorios durante muchos años. Luego fue prefecto de disciplina y director administrativo. Entre 1973 y 1976 fue Rector, precisamente, cuando el colegio pasaba por una profunda crisis de identidad y organización. Pero la crisis no lo asustó. Su fuerte personalidad y su gran energía le ayudaron a dirigir el colegio en aquellos años de cambio. Los largos años pasados en el Colegio Externado lo hicieron muy popular entre los ex alumnos y sus familias. Donde quiera que fuera encontraba conocidos. Casó a muchos de ellos, bautizó a sus hijos e hijas y oyó sus dificultades matrimoniales. Después, cuando la crisis del país polarizó a la sociedad salvadoreña, se le fueron alejando. Sin embargo, durante muchos años, nadie lo acusó ni lo atacó en los panfletos y campos pagados que circularon tan profusamente. Sólo al final de su vida, su nombre comenzó a aparecer en la lista de los jesuitas acusados de ser los responsables de la violencia en El Salvador, de dirigir al FMLN, de servirle de fachada, etc. Su nombre era el tercero en la lista, después del de Ellacuría y Martín-Baró.

En la UCA comenzó como profesor pero, poco a poco, la dinámica universitaria lo fue alejando del colegio. Además de profesor de visiones científicas -una perspectiva filosófica de las ciencias- y sociología, fue Decano de la Facultad de Ciencias del Hombre y de la Naturaleza, entre 1970 y 1976. Entonces, prácticamente en su madurez, decidió hacer un alto y estudiar más. Durante dos años estuvo en Madrid, haciendo estudios de doctorado, en la Universidad Complutense, donde se graduó en 1978. Su tesis doctoral la escribió sobre las relaciones de compadrazgo en El Salvador. Durante varios meses, dedicó los fines de semana a entrevistar a las personas mayores de los pueblos del occidente del país. El material más valioso de su tesis, salió de estas entrevistas.

Montes regresó a San Salvador oxigenado y lleno de energía. Reanudó sus clases de sociología en la UCA. A partir de 1980 fue jefe del Departamento de Sociología. Asimismo, fue jefe de redacción de ECA, entre 1978 y 1982. Durante muchos años fue responsable de la “Crónica del mes” de la revista. Fue miembro del consejo de redacción y colaborador asiduo del Boletín de Ciencias Económicas y Sociales y de la Revista Realidad Económico Social. Pocos años después fue designado miembro de la Junta de Directores de la UCA. En 1985 fundó el Instituto de Derechos Humanos (IDHUCA) y lo dirigió hasta su muerte. Reunió a varios abogados destacados para elaborar el plan de estudio de la carrera de derecho. Al momento de su muerte, estaba preparando el plan de estudio de una maestría en sociología. Dio un sinnúmero de conferencias en centros educativos nacionales, cooperativas, partidos políticos, comunidades de base y organizaciones populares.

No obstante su especialización, Segundo Montes siempre conservó algo de profesor de física. Disfrutaba de manera especial con el mantenimiento de la residencia de la comunidad. Su expresión era vigorosa, a lo cual contribuía su contextura física, lo mismo en el aula –tenía preferencia por los cursos masivos-, que en la misa dominical de la parroquia de Cristo Resucitado, en la colonia Quezaltepec –en los suburbios de Santa Tecla-, donde fue párroco desde 1984, hasta en las entrevistas que concedía a la prensa. Disfrutaba describiendo cómo sus estudiantes tenían dificultad para encontrar puesto en el aula. Su salón preferido, no obstante no reunir condiciones para la docencia, era el auditorio de la universidad, en el cual dio varios cursos. Era buen profesor. Aunque impactaba a sus temerosos estudiantes, éstos lo seguían con admiración. Su alegría era grande cuando el domingo se encontraba con el templo lleno o con una larga fila de feligreses que querían confesarse con él. Gozaba con la alegría y el bullicio de las fiestas parroquiales.

A pesar de ser de maneras bruscas, su personalidad atraía de forma instintiva a la gente. Su entusiasmo intenso por lo que consideraba importante, por ejemplo, sus investigaciones, sus clases o el jardín inmenso de la nueva residencia universitaria y, cosa muy importante para él,

quemar pólvora la víspera de año nuevo por la noche, hacía que los demás miembros de la comunidad le hicieran bromas continuamente. Segundo guardó una lealtad especial a Ellacuría, a quien consideró, tal como le confesó a un colega, “el hombre más extraordinario que yo he conocido jamás”. En 1984, el Padre General, considerando su sentido práctico, pero sobre todo su gran corazón, su lealtad y su compañerismo, lo nombró superior de la comunidad universitaria. Este nombramiento le hizo mucha ilusión por provenir del Padre General.

En 1984, las dificultades, el desafío y el ejemplo de algunas comunidades de desplazados y refugiados salvadoreños dentro y fuera del país, por causa de la guerra, despertaron un interés particular y ardiente –tan característico suyo- en él. Desde entonces hasta su muerte, Segundo Montes adquirió una prominencia especial, tanto en El Salvador como en Estados Unidos, por ser el investigador y el analista más importante del fenómeno de los desplazados, los refugiados y también los emigrantes. Visitó sus comunidades y refugios tanto en El Salvador como en Honduras. En sus visitas, aconsejaba a sus dirigentes sobre proyectos de desarrollo y les agradecía lo que aprendía de ellos. En Estados Unidos, su reputación como experto en la materia creció, en particular en el Congreso. Mantuvo al tanto de los movimientos y la situación de los desplazados, los refugiados y los emigrantes al representante Joe Moakley. Le insistió en la necesidad de reformar la legislación estadounidense de inmigración para proteger a los salvadoreños que emigraban a Estados Unidos, puesto que no tenían otra alternativa. Fue coautor de un estudio de Georgetown University sobre este fenómeno social y formó parte del consejo asesor del CARECEN y del Centro de Refugiados Centroamericanos, con sede en Washington. Su último viaje fue a Washington, a principios de noviembre de 1989, donde, en una de las salas de Congreso, CARECEN le hizo un reconocimiento por defender los derechos de los salvadoreños.

Su deseo nunca satisfecho por comprender mejor la realidad social salvadoreña lo llevó a estudiar la estratificación social, el patrón de la tenencia de la tierra y los militares. Publicó religiosamente el hallazgo de todos estos estudios, algunos de los cuales utilizó como libros de texto, en las materias que impartía. Su aguda observación lo ayudó a identificar un fenómeno novedoso y bastante curioso, a comienzos de la década de los ochenta: la “pérdida” de los dólares, que los salvadoreños residentes en Estados Unidos enviaban a sus familiares en El Salvador. Este hecho lo alertó acerca de la importancia de la emigración salvadoreña para la economía nacional.

A finales de 1982, antes de irse a pasar las navidades con sus hermanas y su hermano, en Valladolid, le pidió a un colaborador que escribiera un breve comentario sobre los dólares perdidos para ECA. Discutieron el problema y llegaron a la conclusión que el dinero que entraba al país procedente de Estados Unidos, en billetes de baja denominación, giros y cheques, representaba un flujo importante de fondos. Ese dinero era el que hacía posible la sobrevivencia no sólo de los familiares de los emigrados, sino también de la economía salvadoreña en su conjunto. Montes hubiera querido estudiar más el fenómeno en aquel momento, pero tuvo que aguardar un momento más propicio.

En 1984, presentó un proyecto de investigación a una fundación que lo aceptó y así pudo comenzar a estudiar la emigración de población salvadoreña a Estados Unidos y su impacto en la economía nacional. Primero determinó las consecuencias del desplazamiento y la emigración de la población; luego propuso algunas soluciones. Sin embargo, no perdió de vista la relevancia social y económica de la población salvadoreña residente en Estados Unidos –aunque también la había esparcida por toda Centroamérica, Belice y México. En 1988, Montes estimó que un millón de salvadoreños residía en Estados Unidos, quienes enviaban a El Salvador 1.3 mil millones de dólares anuales, equivalentes a la ayuda de Estados Unidos al país

más el valor de todas sus exportaciones y a casi el doble del presupuesto nacional. La existencia de este flujo constante constituía un canal informal entre El Salvador y Estados Unidos, el cual no podía descartarse al considerar el futuro económico y social de ambos países.

La gravedad del desplazamiento poblacional y los refugiados representaban no sólo una oportunidad para determinar la profundidad de la crisis salvadoreña, sino también para superar las estructuras existentes y la posibilidad para reestructurar la sociedad, en un contexto más justo y humano. “Si esta problemática no se aborda debidamente, quizás se finalice la guerra, pero las condiciones que la originaron perdurarán y volverán a hacer crisis o a estallar en cualquier momento”, escribió. En los dos últimos años de su vida, Montes encontró razones para la esperanza en las visitas que hizo a la comunidad de Santa Marta (Cabañas). La comunidad se había originado en el campamento de refugiados de Mesa Grande, en Honduras. También visitó las comunidades de refugiados de Colomoncagua y San Antonio, en este último país. Al regreso de estos viajes, veía con optimismo el futuro de El Salvador.

Los campesinos maltratados habían cambiado las balas y las bombas de El Salvador por una vida en campamentos mal ubicados, que prometían poco. Sin embargo, en pocos años, estas comunidades experimentaron una transformación profunda. Dieron un salto cualitativo al pasar “del individualismo a la solidaridad comunitaria, del analfabetismo a niveles envidiables de educación, del trabajo manual y primitivo del campo a cultivos delicados y complejos, a la cría técnica de animales y al manejo de máquinas complicadas, la producción de arte y artesanías, a la capacitación médica, sanitaria, docente y de servicio”. Estas líneas recogen la impresión que Montes trajo consigo después de la visita que hizo a Colomoncagua, a comienzos de 1989. En estas comunidades, forjadas por las adversidades de la guerra, Montes encontró indicios ciertos de un doloroso parto de una realidad nueva, la cual le dio pie para la esperanza. Una de estas comunidades adoptó su nombre, en un intento por perpetuar su memoria, su compromiso y su esperanza.

Otro de los elementos de la realidad nacional en el cual Montes se consideró un experto fue el del ejército. En la década de los setenta, estableció buenas relaciones con algunos oficiales. En la década siguiente, cultivó estas relaciones. Entre los oficiales con quienes se relacionaba había uno de la “Tandona”, Mauricio Vargas, quien aseguraba disfrutar sus conversaciones con Montes sobre política y sociología. Le gustaba que éste le pasara trabajos académicos. En cambio, Vargas lo ayudaba a conseguir el salvoconducto necesario para entrar en las zonas conflictivas. Pero estas relaciones no siempre fueron buenas. Montes tuvo diferencias serias con el mayor Mauricio Chávez Cáceres, quien, siendo aún teniente, había sido estudiante de ciencias políticas, en la UCA. Montes solía visitarlo, en el cuartel de Sensuntepeque, donde aquél se encontraba destacado, cuando iba a la comunidad de Santa Marta. El mayor se enorgullecía de su apariencia progresista. Sin embargo, estuvo implicado en el encubrimiento de la captura, tortura y asesinato de un teólogo suizo, perpetrado por una patrulla que estaba bajo su mando, en agosto de 1988. ECA, en un comentario sobre el informe de una delegación europea que investigó los hechos, resaltó el esfuerzo del mayor para apaciguar a la delegación con una serie de excusas increíbles. Al leer el comentario, Chávez entró en el Instituto de Derechos Humanos como una tromba; pero como no encontró a Montes, increpó al primero que encontró: “¿cómo es posible que hagan esto? Esta guerra va a terminar en una negociación y ustedes van a necesitar gente en la Fuerza Armada. Por favor, no quemem a la gente que les puede ayudar”. En su siguiente edición, ECA reprodujo la respuesta del alto mando militar al informe europeo, desvinculando al cuartel de Sensuntepeque y al mayor de los hechos, y publicó un comentario cauteloso, escrito por el mismo Montes. En septiembre de 1989, el incidente volvió a salir en una conversación que Montes sostuvo con el coronel Ponce, pero éste le aseguró que no sería causa de resentimientos futuros.

Estos temas, tratados con intensidad y entusiasmo, se complementaron con el de los derechos humanos. Desde la dirección del Instituto de Derechos Humanos, Montes se preocupó por registrar cuidadosa y rigurosamente las violaciones a estos derechos, cometidas por las partes en guerra. Pero no se quedó en una simple recopilación de violaciones, sino que se esforzó por iniciar una reflexión sobre su significado teórico y práctico. Los informes periódicos del Instituto dan cuenta de su actividad en este campo.

Desde principios de la década de los ochenta, Segundo Montes dedicó una parte de sus fines de semana a atender ministerialmente parroquias suburbanas sin sacerdote. Primero estuvo en Calle Real y luego, desde 1984, en la colonia Quezaltepec. En su actividad pastoral, Montes se supo ganar el aprecio de la gente sencilla por su generosidad y su trato franco y abierto. Compartía con su feligresía sus experiencias con los desplazados, los refugiados y los emigrados así como sus viajes, entrevistas y conferencias. En una de sus últimas homilias, les relató con todo detalle el régimen comunitario establecido por los refugiados, en los campamentos de Honduras. Cuando lo mataron, el templo parroquial estaba a medio construir. La colonia no tenía templo, pero él se empeñó en construir uno para lo cual contaba con la colaboración de la feligresía y con sus relaciones familiares e internacionales.

La primera vez que llegó a la colonia Quezaltepec dejó claro que no prometía quedarse como párroco, pero muy a su pesar se fue quedando. La gente le ganó el corazón con la primera fiesta de cumpleaños que le celebró. Montes daba mucha importancia a su cumpleaños. Lo anunciaba con bastante anticipación. Disfrutaba mucho con las muestras de cariño de sus amistades, de todo lo cual daba fiel cuenta a sus hermanas y a su hermano. En su último cumpleaños, la comunidad parroquial lo conmovió hasta las lágrimas al regalarle una elegante mecedora.

Preocupado por los campos pagados del ejército, aparecidos en la prensa nacional, donde lo atacaban junto con Ellacuría y Martín-Baró, Montes se puso en contacto con el coronel Galileo Torres, jefe de la Oficina de Prensa de la Fuerza Armada y antiguo conocido de la UCA, donde había dado clases, en los setenta. Montes quería encontrar sentido a aquellos ataques furibundos. El coronel lo invitó a casa y durante la cena le confirmó que en la Fuerza Armada había “fuertes intereses” en contra de los jesuitas de la UCA y le advirtió tener cuidado. En sí misma, ésta no era ninguna novedad; pero confirmó el rumor que ya había llegado a la UCA a través de un empleado con contactos en el ejército. El rumor sostenía que había un plan para eliminar a la dirección de la UCA. La reacción de Montes fue muy típica: “¿qué voy a hacer? Si me matan, me matan”.

El domingo 12 de noviembre ya no pudo ir a la colonia. Los combates en la ciudad se lo impidieron. Ese día, la comunidad parroquial había planificado entregarle un reconocimiento, pues compartía con él se sentía orgullosa por el premio recibido en Washington. El domingo siguiente tampoco pudo llegar.



Amando López Quintana, profesor de Teología en el Centro de Reflexión Teológica y Religión de la UCA. Nacido en Cubo de Bureba (Burgos) en 1936, residía en Centroamérica desde 1953.

Amando López nació en Cubo de Bureba (Burgos, España), el 6 de febrero de 1936. Sus primeros estudios los hizo ahí mismo, pero la secundaria la hizo en Javier. El 7 de septiembre de 1952, entró en el noviciado de la Compañía de Jesús de Orduña, donde estuvo un año. Después, a él también lo enviaron a hacer el segundo año al noviciado de Santa Tecla. En 1954, siguiendo el plan de formación establecido para los jesuitas de Centroamérica, sus superiores lo enviaron a Quito, donde estudió humanidades clásicas y filosofía, en la Universidad Católica. Obtuvo la licencia en filosofía en 1956, la de humanidades en 1957 y la de filosofía en 1959.

Interrumpió sus estudios para volver a Centroamérica. Sus superiores lo enviaron al Colegio Centro América de Granada (Nicaragua), donde fue profesor de matemática e inspector de los internos durante tres años, entre 1959 y 1962. Entonces, volvió a los estudios. Esta vez lo enviaron a la facultad de teología de Miltown, en Dublín, donde sacó la licencia en teología cuatro años más tarde. Ahí mismo fue ordenado sacerdote, el 29 de julio de 1965. A continuación concluyó su formación jesuítica. Hizo estudios de doctorado en la Universidad Gregoriana, en Roma, entre 1967 y 1968. Sin embargo, el doctorado lo sacó en la Universidad de Estrasburgo (Francia), en 1970.

Volvió a Centroamérica, esta vez, destinado al Seminario San José de la Montaña, en San Salvador. Sería profesor de teología. En sus clases de teología fundamental y dogma introdujo las nuevas ideas teológicas del Vaticano II. Su trato fácil, su sonrisa pronta y su gran humanismo le ganaron la aceptación rápida de los seminaristas. Jugaba fútbol con ellos después del almuerzo. A finales de 1970, cuando los obispos no aceptaron a los dos candidatos para Rector del seminario, propuestos por los superiores de la Compañía de Jesús, éstos sugirieron, como última posibilidad, a Amando López, un doctor en teología recién llegado y sin antecedentes. Impresionados por sus credenciales académicas, los obispos lo aceptaron de inmediato. Su sorpresa fue grande cuando se vio Rector del seminario con tan sólo unos meses en San Salvador.

Dirigió el seminario en los años más turbulentos de su historia, que culminaron con la salida de la Compañía de Jesús, en 1972. Muy poco después de haber sido nombrado Rector, los obispos se sorprendieron por las novedades que éste introdujo en el seminario. Amando López se preocupó por elevar el nivel académico de los estudios, por el bienestar material de los seminaristas y por tratarlos como personas adultas, no como niños o menores de edad. Se rodeó de un equipo joven, bien preparado y abierto a las necesidades humanas, religiosas y pastorales de los seminaristas. Sin embargo, debió discutir con la conferencia episcopal acerca de la teología que debía enseñarse y sobre los profesores más idóneos para hacerlo. Después de largas y amargas discusiones, consiguió que los obispos aumentaran el presupuesto para la alimentación de los seminaristas y, por lo tanto, pudo introducir algunas mejoras. Además, defendió a los seminaristas de algunas decisiones arbitrarias e injustas de sus respectivos

obispos. Estos querían que los seminaristas fueran formados de la misma manera que ellos, sin caer en la cuenta de la diferencia en años y mentalidad.

Amando López, además, abrió las puertas del seminario a todos los sacerdotes. Fue consejero y amigo de muchos de ellos. Los visitaba en sus parroquias con frecuencia y les ayudaba a resolver sus problemas, como cuando arriesgó su vida para sacar de la parroquia de Suchitoto a Ignacio Alas, cuya casa curial había sido ametrallada por el ejército. Sacerdotes y políticos perseguidos por las fuerzas de seguridad encontraron refugio temporal en el seminario. Aquellos fueron dos años muy intensos para el Rector. Los sobrellevó con tino y buen humor, apoyado siempre por la amistad y la confianza del obispo auxiliar de la arquidiócesis de San Salvador, Mons. Arturo Rivera Damas.

Los seminaristas eran conscientes de las estructuras injustas de la sociedad salvadoreña así como de la connivencia de algunos miembros de la jerarquía. Sus protestas no tardaron en aflorar y en llegar a oídos de los obispos. Estos, por supuesto, reprobaron la toma de conciencia de los seminaristas y se aprestaron a tomar represalias, pero el Rector salió en su defensa. Entonces, la conferencia episcopal comenzó a buscar la manera para sacar a los jesuitas del seminario. La forma como se llevó a cabo la entrega de la institución y su cierre temporal en 1972 minaron la salud de Amando López. Pasó unos meses bastante difíciles, en una de las residencias universitarias de San Salvador. Pese a ello, fue profesor de filosofía en la UCA durante dos años (1973-1974) y superior de la comunidad donde residía.

Tal vez porque no se encontraba muy a gusto en San Salvador después de lo que había tenido que pasar y también porque se necesitaba un Rector, los superiores lo destinaron a dirigir el Colegio Centro América -trasladado a Managua desde hacía varios años-, en 1975. A Amando López el destino debió hacerle ilusión, porque había dejado muchas amistades en Nicaragua y porque el país y su gente le atraían sobremanera. Aunque Nicaragua había cambiado mucho desde la última vez que estuvo en ella, reencontró a algunas buenas amistades y aglutinó a los profesores y a los padres de familia del colegio. Su trato suave y amable y su sonrisa permanente le ayudaron mucho en esta labor. Entre broma y broma, consolaba y animaba. Quienes lo trataron encontraron en él a un amigo libre en sus opiniones y al mismo tiempo discreto.

En los momentos más duros de la represión de la dictadura somocista, Amando López abrió las puertas del colegio para acoger a las familias necesitadas; en la residencia de la comunidad escondió a familiares de los profesores del colegio y de los jesuitas. Asimismo, protegió y ayudó a varios sandinistas conocidos suyos o amigos de éstos. Después de la caída de la dictadura, hizo otro tanto con los perseguidos por el nuevo régimen revolucionario. Volvió a arriesgar su vida para sacar a un jesuita aislado en Estelí, a quien rescató prácticamente bajo las balas. Colaboró con la Cruz Roja sacando heridos de las zonas conflictivas. En los primeros días de la ofensiva de noviembre de 1989, recordó estas aventuras con una gran sonrisa, mientras fumaba un enorme puro.

En 1979, después del triunfo de la revolución sandinista, fue nombrado Rector de la UCA de Managua, a cuya Junta de Directores pertenecía desde hacía varios años. Intentó echar a andar la universidad y de adaptarla a la nueva situación política. En varias ocasiones, intervino públicamente para explicar la misión universitaria, en una situación de cambio revolucionario. Sin ser parte del nuevo gobierno, fue el jesuita que mejores relaciones tuvo con el Frente Sandinista de Liberación Nacional. El gobierno lo nombró miembro de la Comisión de Derechos Humanos y como tal investigó varias de las denuncias presentadas, lo cual le obligó a recorrer el país. Aquellas que pudo comprobar, las denunció de forma firme y clara. Cuando constató

que sus denuncias y sobre todo sus recomendaciones no eran escuchadas por el gobierno, renunció a la comisión.

En estos años, asesoró a un grupo de dirigentes políticos y funcionarios gubernamentales, conocido como “Cristianos en la revolución”. En su mayoría eran cristianos de clase media alta, que querían vivir su compromiso de fe trabajando dentro del proceso revolucionario. Cuando predominaba el desánimo, Amando les recordaba sonriente que la revolución era para los pobres y no para ellos. En consecuencia, el avance y los logros revolucionarios había que considerarlos desde la perspectiva de sus destinatarios principales.

El mismo fue una de las víctimas del conflicto entre la Iglesia nicaragüense y el gobierno sandinista. Sin avisar, el Vaticano envió un visitador a la UCA. No obstante que la universidad no estaba, en sentido estricto, bajo la jurisdicción vaticana, recibió al visitador con serenidad y buen humor. El informe de éste no le fue favorable y se vio obligado a dejar la dirección de la UCA, en 1983. Asimismo, el Padre General pidió que también dejara la dirección de la formación de los jóvenes jesuitas. Apenas duró dos años en este cargo, pues había sido nombrado en 1982. Amando López enfrentó estas adversidades con humor y calma característicos, sabía que éstas obedecían a dinámicas que estaban fuera de su control.

Entonces, se tomó un año sabático, en la Facultad de Teología San Francisco de Borja, en Sant Cugat (Barcelona). Volvió a San Salvador ya para siempre a finales de 1984. Fue profesor de filosofía y teología y coordinador de la licenciatura en filosofía. Primero vivió en una de las comunidades de estudiantes jesuitas; pero, a finales de 1988, se trasladó a la residencia universitaria, donde lo encontraron sus asesinos. Repartía su tiempo entre la docencia, la lectura, la consejería y la pastoral directa, en la comunidad marginada de Tierra Virgen, un suburbio de San Salvador. Ávido lector, siempre estaba a la caza de nuevos libros. Se mantenía al día en teología moral fundamental, en ética y en teología sistemática. En su predicación dominical desarrolló un plan sistemático, ejecutado con gran fidelidad. Sus amigos nicaragüenses se quejaron porque, según ellos, Amando no estaba haciendo nada útil en San Salvador. El, por su lado, echaba en falta sus amistades nicaragüenses, pero no estaba molesto.

Desde finales de 1988, los fines de semana, Amando López atendió sacerdotalmente a la comunidad de Tierra Virgen, ubicada en las afueras de Soyapango. En la eucaristía daba mucha participación a la gente, permitiéndole que se expresara con libertad. Como buen conversador que era, disfrutaba dialogando con la comunidad. En muy poco tiempo se la con su alegría y su cariño.

Amando López no tenía el carisma académico, ni el de la docencia, ni tampoco el de la escritura. No obstante que sabía mucho, su hablar era lento en el aula; sus clases se volvían pesadas y aburridas. En cambio, cuando predicaba era otra cosa, tal vez porque se sentía más seguro. En el púlpito era ágil, entretenido e interesante. El lo sabía, pero no le preocupaba demasiado. Le costaba muchísimo escribir; sin embargo, colaboró con algunas reseñas para ECA y la Revista Latinoamericana de Teología, era una manera de estar al tanto de las novedades para mantenerse al día. Los dos comentarios suyos a varios documentos pontificios, publicados en ECA, uno de ellos póstumamente, son una excepción.

El carisma de Amando era el don del consejo. Poseía una capacidad natural para escuchar, un corazón grande para acoger y una risa contagiosa para animar. Su misma figura era bonachona, con la pipa o el puro, colgados de una sonrisa amplia y acogedora. Fue buen amigo y un gran compañero. Le gustaba gastar bromas a sus compañeros y colegas, se metía con todos, en particular con los más serios y graves. Su presencia hacía olvidar tensiones y

disgustos con facilidad. Le gustaba que los demás se metieran con él y le hicieran bromas. Las dificultades y las adversidades con dificultad lo despojaban de su buen humor. En las primeras noches de la ofensiva de noviembre de 1989, durmió profundamente, sin que el ruido de la guerra que se desarrollaba en los alrededores perturbara su sueño. Tampoco perdió el apetito. De esta manera, pudo mantener su dieta hasta el final, la cual consistía en comer de todo un poco, pero sin exagerar en nada, lo que significaba licencia para comer sólo aquello que le gustaba, exasperando a los miembros más graves de la comunidad.



Juan Ramón Moreno Pardo, navarro, era el secretario del provincial de los jesuitas de Centroamérica. Trabajaba en la zona desde 1951 y era profesor de Teología en la UCA.

Nació en Villatuerta (Navarra, España) el 29 de agosto de 1933. Sus primeros estudios los hizo en Bilbao, entre 1938 y 1943. El 14 de septiembre de 1950 entró al noviciado de la Compañía de Jesús de Orduña, donde hizo un año. A mediados de 1951 llegó a Santa Tecla para terminar el noviciado. Era tan tímido que Elizondo, el maestro de novicios, lo ponía a hablar contra la pared para que se le soltara la lengua. Ante sus compañeros de noviciado, se jactaba de ser muy “secular”, pues no provenía de apostólicas, ni de seminarios, ni de ningún ambiente cerrado. Sin embargo, se sentía orgulloso de ser ex alumno del Colegio de Indautxu, dirigido por los jesuitas de Bilbao.

No hizo estudios especiales como sus compañeros de martirio. Moreno se quedó sólo con las licenciaturas en humanidades clásicas (1955) y en filosofía (1958), obtenidas en la Universidad Católica de Quito y la de teología, por Saint Louis University (Missouri, 1965). Fue ordenado sacerdote en Saint Mary’s, Kansas, el 14 de junio de 1964, e hizo profesión solemne en la Compañía de Jesús el 2 de febrero de 1968, en San Salvador.

En 1958, al concluir sus estudios en Quito, Moreno volvió a Centroamérica, en concreto, al Colegio Centro América de Granada (Nicaragua), donde fue profesor de química e inspector de los internos más pequeños. En estos años, se dedicó a la química con gran pasión, al igual que hacía con todo aquello que emprendía. Un poco más tarde, de la química se pasó a la biología. Más tarde, en la UCA, fue profesor de visiones científicas, entre 1971 y 1974. De las ciencias pasó a la tecnología de la computación. Cuando lo mataron ya era un experto en la materia. Aprendió solo, ayudado de manuales y armado de una paciencia y de una tenacidad a toda prueba. Es así como automatizó la catalogación de la biblioteca del Centro de Reflexión Teológica, que hoy lleva su nombre, y la administración de la oficina del Padre Provincial.

No obstante, ni las ciencias ni la tecnología constituyeron su actividad más importante. Pese a no haber hecho estudios especiales, la vida fue llevando a Juan Ramón Moreno por los terrenos de la espiritualidad, hasta convertirse en un especialista. Sin duda, su inteligencia, su

sensibilidad y el cuidado que ponía en las cosas que hacía llamaron la atención de sus superiores, quienes le encargaron la formación de los novicios de la provincia centroamericana, en 1970. Antes había sido padre espiritual del Seminario San José de la Montaña. Después fue ejercitador y director espiritual de sacerdotes, religiosas, religiosos y seminaristas. Nunca perdió la timidez en el trato personal, pero ganó en precisión y profundidad. A medida que hablaba, lo mismo si se trataba de una persona, un grupo o una comunidad, se iba entusiasmando gradualmente; hablaba con convencimiento y pasión, adoptando un tono exhortativo.

Su itinerario de formación careció de la claridad del de sus compañeros de martirio. En 1966, al terminar sus estudios de teología en Saint Louis, sus superiores le pidieron especializarse en ciencias. Una orden obvia, dada su inclinación y su afición comprobada hacia este campo del saber. Pero poco después le dijeron que estudiara dogma, debido a que el Seminario San José de la Montaña se había quedado sin profesor en este campo de la teología. Al poco tiempo, los superiores cambiaron de opinión y le pidieron especializarse en moral. Al final, le ordenaron presentarse de inmediato en el seminario, olvidándose de los estudios. Moreno fue traído a San Salvador para colaborar con la puesta en marcha de los estudios de bachillerato del seminario menor. Al llegar, lo nombraron prefecto de estudios y disciplina. Consistente con lo que había sido su trayectoria intelectual inmediata, enseñó historia, cívica, matemática, inglés, geografía y biología. Además de impartir este abanico de materias, acompañaba a seminaristas mayores y menores durante la semana santa, en los pueblos sin sacerdote, y en las misiones populares, organizadas por la arquidiócesis. Tal como se fue mostrando más tarde, Moreno tenía una veta de misionero popular y de párroco de pueblo.

Cuando lo asesinaron, Moreno era un especialista en moral de la vida. Había hecho una síntesis entre las ciencias y la moral, uniendo la bioética con la moral cristiana. En los últimos años de su vida, enseñó moral especial y teología fundamental y sistemática. Aunque siempre se quejó de no tener tiempo suficiente para estudiar y preparar mejor sus clases, sus estudiantes se mostraban satisfechos. Según su apreciación, la coordinación del profesorado de ciencias religiosas y morales, cuya mayoría de estudiantes eran religiosas, y la administración del Centro Monseñor Romero, del cual era subdirector, le consumían un tiempo que estaría mejor empleado en el estudio.

Como maestro de novicios de una etapa de cambio y transición en la Iglesia, en la Compañía de Jesús y en Centroamérica, el desafío eran grande y entrañaba riesgos. Moreno se esforzó por mantener el equilibrio entre la tradición jesuítica y las nuevas orientaciones del concilio Vaticano II, la Congregación General 31 y el Padre General. No le resultó fácil distinguir entre lo tradicional que había que conservar por ser esencial y lo que había que abandonar como ser mera formalidad de un pasado inexistente. Sabía que debía cambiar muchas cosas, pero desconocía hasta dónde era posible llegar sin menoscabo de la formación de los futuros jesuitas. No había sido preparado para ser maestro de novicios. A duras penas, antes de asumir el nuevo cargo, estuvo unos cuantos meses en Roma, actualizándose en la espiritualidad ignaciana y en la formación de novicios. La inexperiencia y lo desconocido lo angustiaban –a veces demasiado. A estas dudas había que agregar la sobrecarga de responsabilidades. Además de maestro de novicios fue profesor del seminario y de la UCA, espiritual de algunos seminaristas e incluso Rector del Colegio Externado, aunque por un tiempo corto.

El provincial lo nombró Rector interino del colegio para que investigara la validez de las acusaciones de los padres de familia sobre la heterodoxia de la enseñanza. Habiendo pasado la mayor parte de su vida en el mundo religioso y clerical, tampoco estaba preparado para una batalla como aquella. En los meses siguientes a su nombramiento, a medida que el conflicto se agravó, Moreno sufrió mucho a causa de la presión de unos padres de familia agresivos y

desconsiderados con quienes tenía que reunirse continuamente. De forma concienzuda, les explicó que la orientación de los autores que sus hijos estudiaban en sociología no era marxista –entre ellos se encontraba la *Populorum Progressio* de Paulo VI- y que si éstos encontraban chocante la pobreza, no se debía a la mala influencia de los jesuitas, sino a que el hecho mismo era impactante. Entonces, lo acusaron de encubrir “con las palabras del evangelio, la teología y la dulce figura de Cristo, la amarga píldora del comunismo”. Moreno tuvo que acudir, en representación del colegio, a la Fiscalía General de la República para responder a un interrogatorio sobre la ortodoxia de la docencia del colegio. Al final, el conflicto fue resuelto a alto nivel, en Casa Presidencial, y con la intervención del arzobispo de San Salvador.

En los momentos más difíciles para Moreno, Amando López se presentaba en el noviciado con una botella de coñac debajo del brazo y dos puros en la bolsa de la camisa. Estas largas conversaciones entre amigos le devolvían la confianza y le daban ánimo para continuar. Cinco años fue maestro, pero casi todos los novicios que formó abandonaron la Compañía de Jesús poco después, por una u otra razón. Al dejar el cargo, en 1974, regresó a Roma por dos años. Ahí fue padre espiritual del Pío Latinoamericano e hizo algunos cursos en la Universidad Gregoriana. Volvió a Centroamérica en 1976 y fue enviado a Panamá, donde fundó el Centro Ignaciano de Centroamérica, dedicado a promover la espiritualidad de Ignacio de Loyola y sus ejercicios espirituales. En cuatro años, dotó al Centro con una biblioteca bastante completa y muy bien clasificada, y con una revista (*Diakonía*) para difundir la teología espiritual y de la liberación. Moreno escribió muy poco la revista que dirigió. Dos artículos en 1978, uno en 1979 y otro en 1984. Sin embargo, estaba al día. Resumía y traducía todo aquello que le parecía relevante y luego lo reproducía. De esta manera, la revista ponía al alcance de las comunidades religiosas de la región lo último en teología.

En 1980, Moreno volvió a Managua. Pero esta vez llegó acompañado del Centro Ignaciano de Centroamérica, incluida su biblioteca. En la UCA de Managua le dieron un pequeño local, el cual pronto le pareció estrecho. Entonces, construyó uno más adecuado a las actividades del Centro Ignaciano. Fue miembro de la Junta de Directores de la universidad, director del Instituto de Ciencias Religiosas y superior de la comunidad universitaria, entre 1980 y 1982.

En esta etapa de su vida, Moreno se dedicó a promover y dar los ejercicios espirituales de san Ignacio, sobre todo a religiosos y religiosas. Dio varias tandas de ejercicios a los cleros de las diferentes iglesias centroamericanas. En Panamá, fue profesor del noviciado, trasladado ahí en 1975. Fue consejero de varios superiores y superiores provinciales de Centroamérica, quienes lo buscaron por su buen juicio. No es extraño, por lo tanto, que lo hubiesen elegido presidente de las conferencias de religiosos de Panamá y Nicaragua. Aunque exhortaba con pasión, no hería, porque sabía motivar al compromiso con la justicia desde la fe. Daba confianza a los temerosos y a quienes no se consideraban radicales. Los jesuitas centroamericanos más conservadores, por su lado, se vieron bien representados por él, cosa que no dejaba de causarle cierta inquietud. A comienzos de 1989, habló ante más de cuatro mil religiosas de una congregación canadiense. Cuando lo mataron, estaba preparando una serie de conferencias para más de mil religiosas de otra congregación, quienes se reunirían en Houston, en enero de 1990.

A principios de 1980, Moreno participó con su entusiasmo característico en la campaña de alfabetización de Nicaragua. Se puso al frente de un grupo de estudiantes, destacado al pueblo de Santa Lucía (Boaco). Se enamoró de la comunidad y del pueblo. Siempre que pudo, aun estando ya en San Salvador, se escapó para pasar unos días en el pueblo. Una de las cosas que más le atraía, era pescar en el río que transcurría en las proximidades del pueblo. Soñó con ser párroco de Santa Lucía y dedicarse a la predicación y a la espiritualidad.

Pero volvió a San Salvador, en 1985. Esta vez de manera definitiva. Sus superiores lo trasladaron para que ayudara con la docencia de la teología y para organizar la biblioteca del Centro de Reflexión Teológica. Al poco tiempo, Moreno reunió los mejores libros de teología y espiritualidad de las diversas residencias de los jesuitas de El Salvador, los catalogó y los ordenó cuidadosamente. Supervisó la construcción del Centro Monseñor Romero y, de manera simultánea, fue secretario del Padre Provincial y encargado de los archivos provinciales. Los domingos celebraba dos misas en la iglesia del Carmen de Santa Tecla, donde era conocido por la fuerza de su predicación. Sin embargo, ninguna de estas actividades le satisfacía del todo. La idea de ser párroco rural le seguía atrayendo. De hecho, pidió al Padre Provincial que una vez organizada la biblioteca, le permitiera hacerse cargo de una parroquia rural próxima a San Salvador. Así podría dar sus clases de teología sin dificultad y realizar su sueño. Pero pasó el tiempo, terminó la organización de la biblioteca y se quedó en San Salvador y en la UCA. Ahí lo encontraron sus asesinos. Por razones desconocidas, éstos arrastraron su cuerpo inerte desde el jardín hasta la habitación de Jon Sobrino, en cuya entrada lo abandonaron. El movimiento hizo que de los estantes cayera un libro que quedó manchado con su sangre, titulado El Dios crucificado.



Joaquín López y López fue el único jesuita salvadoreño asesinado. Nacido en 1918, era director del movimiento de educación popular Fe y Alegría.

El P. Joaquín López nació en Chalchuapa (El Salvador), el 16 de agosto de 1918, pero él contaba riéndose que esa no era la fecha de su nacimiento. Hizo sus primeros estudios en Santa Ana. Pero se apartó de su familia muy pronto y terminó sus estudios de bachillerato en la apostólica que los jesuitas mantenían junto a su residencia, en la iglesia del Carmen, en Santa Tecla, en 1938. En ese mismo año entró en el noviciado de la Compañía de Jesús, en El Paso (Texas), puesto que todavía no había noviciado en Centroamérica.

Joaquín López se formó con los jesuitas mexicanos, a quienes la revolución mantenía fuera de su país. Un buen grupo estuvo en Centroamérica, pero el centro de formación lo habían establecido en El Paso, una ciudad estadounidense próxima a la frontera norte de México. Ahí fue enviado Joaquín López a estudiar humanidades clásicas y filosofía, en 1940. Obtuvo licenciatura en ambas especialidades, en 1943 y 1946, respectivamente. Entonces regresó a Centroamérica, al Colegio Externado, en San Salvador. En 1949 retornó a las aulas. Esta vez para estudiar teología, en Saint Mary's, en Kansas. Pero en 1951 fue enviado al teologado de Oña (España). Ahí fue ordenado sacerdote en 1952 e hizo profesión solemne en la Compañía de Jesús en 1956. Entre 1954 y 1955 estudió ascética en la Universidad de Comillas.

La vida apostólica de Joaquín López transcurrió entre el Colegio Externado y Fe y Alegría. Llegó al colegio por primera vez en 1947, donde fue profesor e inspector hasta 1949. Al terminar sus

estudios en España, sus superiores lo destinaron al colegio de nuevo. Fue profesor, padre espiritual y responsable de la construcción de la capilla del colegio. Dos años más tarde, organizó el catecismo intercolegial, del cual fue director. Consiguió que los y las estudiantes de diversos colegios de la capital dieran clases de catecismo en los barrios pobres de la ciudad, en los fines de semana. La empresa era grande. Convirtió a 800 estudiantes en profesores de catecismo de unos 20 mil niños.

En 1964, trabajó en la campaña para conseguir que la Asamblea Legislativa aprobara una ley de universidades privadas que permitiera la fundación de lo que sería la UCA. Recordaba con satisfacción estos años. Desde el Colegio Externado y con la Federación Nacional de Padres de Familia, Joaquín López contribuyó a promover la nueva universidad. También colaboró con la recolección de fondos entre las familias adineradas del país. Junto con los padres José María Gondra (el primer Tesorero de la UCA) y Florentino Idoate (su primer Rector), Joaquín López (su primer Secretario General) y algunas familias amigas consiguieron comprar la finca de café Palermo, ubicada en una elevación, al sur de San Salvador, donde hoy se encuentra el recinto universitario. Los largos años pasados en el Colegio Externado forjaron una buena amistad entre estos tres jesuitas, fundadores de la UCA. Joaquín López hizo gestiones hasta el último momento para conseguir los votos necesarios para que la ley fuera aprobada, lo cual consiguió con bastante dificultad.

Siempre se consideró parte de la comunidad universitaria. Por eso no quiso cambiar de comunidad cuando los superiores le dieron la oportunidad. Quiso quedarse en ella hasta el final. Se consideraba parte de la UCA y lo demostraba relatando con detalle la batalla legal de su fundación. Aunque no trabajó en ella mucho tiempo, siempre estuvo al tanto de su marcha; preguntaba con interés por sus problemas, las novedades y las personas. Cuando le pedían conferencias sobre El Salvador, pedía documentación a la UCA.

Lo suyo era otra cosa. La educación de las clases populares. En 1969, con la ayuda de un grupo de señoras, Joaquín López consiguió un poco de dinero, que complementó con un préstamo bancario, y fundó Fe y Alegría. Abrió dos talleres de carpintería en el barrio Santa Anita, puso otro de corte y confección en La Chacra e inauguró tres escuelas primarias –una en la colonia Morazán, otra en Acajutla y la tercera en San Miguel. Hasta su muerte, fue director de la obra. En 1989, Fe y Alegría administraba treinta centros educativos, en ocho departamentos, con 48 mil beneficiarios. La obra era mantenida con una rifa anual, donativos y préstamos. Pero eran más las necesidades que los recursos económicos. Por eso, bajo su dirección, Fe y Alegría siempre estuvo endeudada. No le gustaba cerrar escuelas o talleres por falta de fondos. Le costaba mucho decir que no. Más bien, se esforzaba por buscar alguna salida. Retrasaba los pagos a los bancos, siempre estaba atento a cualquier posibilidad que se le abriera para encontrar más dinero y solía vivir al día.

El 31 de octubre de 1989, al dirigirse al XX Congreso Internacional de Fe y Alegría, en Quito, Joaquín López dijo que lo que más le impresionaba era la altura y el espacio, “por eso decimos: ¡salvadoreños, de pie! ¿Por qué? Porque de otra manera no cabemos...”. Y continuó, “la superpoblación y la mala distribución de la riqueza con aquello de que hay unos pocos que tienen mucho y otros muchos que tienen poco, con esas injusticias [...] se ha venido generando o se vino generando algo incontenible: la guerra. Tenemos diez años de estar en guerra: unos 70 mil muertos por la violencia. No como otra gentecita del pueblo que dice por casualidad: pues sí, él murió de Dios, mi papá murió de Dios, como contraposición a tanta violencia que participa ahora en nuestra pobre gente”. En su opinión, la guerra había sido inevitable y se vio venir, pero “ahora, después de diez años, todo el mundo está como reaccionando, ya estamos cansados, no vamos a ningún sitio con tanta muerte. Están reaccionando, está reaccionando el gobierno, está reaccionando la guerrilla, está reaccionando la empresa privada. ¿Qué

hacemos? Ya no miremos a nuestros intereses egoístas. Veamos qué podemos hacer por todos, por todos esos hermanos, por todo este complejo, por todas estas mayorías”. Los que no estaban reaccionando eran los militares, “sólo los que están más duros son los militares, ¿verdad? Pues seguramente porque ellos también o se aprovechan o viven de la guerra”. A los ecuatorianos les advirtió, “ustedes que están a tiempo, ojalá, ojalá que puedan evitar esa ola, ese remolino incontenible que nos vino a nosotros a generar y a producir esa fuerza incontenible que es la guerra, con unos 25 asesinatos diarios, ¿verdad?”.

Durante su último año de vida, el cáncer le hizo sufrir mucho. Se sometió a dos intervenciones quirúrgicas sin conseguir alivio. En los últimos meses, experimentó dolores muy fuertes. A veces pasaba la noche sin dormir, quejándose; pero se negó a visitar al médico. Aunque sabía que sus fuerzas estaban abandonándolo, su ánimo no decayó; siguió trabajando como siempre, sin descanso; como si tuviera por delante todo el tiempo imaginable. Sus asesinos le adelantaron varios meses una dolorosa muerte.



Julia Elba y Celina Ramos, la señora que ayudaba en la cocina de la comunidad de la UCA y su hija. La familia había solicitado a los jesuitas quedarse en la residencia de la Universidad por temor a la violencia y los combates que aquellos días se habían intensificado en la capital.

Elba nació en el cantón Las Flores (Santiago de María), el 5 de marzo de 1947. Su madre, Santos Ramos, era de Usulután y se dedicaba al negocio de frutas. Su padre, cuyo nombre no aparece en el acta de nacimiento, era administrador de la finca Los Horcones, en Usulután.

A finales de la década de 1960, Elba conoció a su esposo Obdulio, con quien vivió hasta el 16 de noviembre de 1989. El era caporal de la hacienda El Paraíso, en Santa Tecla, y ella trabajaba como doméstica en San Salvador. Durante la cosecha de café, Elba pedía permiso en la casa donde trabajaba para ir a cortar café en El Paraíso. Su cuadrilla era la que Obdulio dirigía. Cuando decidieron vivir juntos, Elba dejó de trabajar fuera de su hogar. Vivieron en una hacienda, en los alrededores de Santa Tecla, cuyo propietario los ayudaba económicamente. En 1970, al morir éste, víctima de uno de los primeros secuestros, Elba y Obdulio abandonaron la propiedad.

Obdulio encontró trabajo como vigilante en la hacienda Las Minas, en Jayaque. Como parte del arreglo, le permitieron sembrar maíz y frijol. Elba lo ayudaba en la milpa, pero ya no iba a la recolección del café. Estando en Las Minas nació Celina Mariset, el 27 de febrero de 1973. Era la tercera hija. La habían precedido dos varones, pero el primero nació muerto y el segundo murió poco después de haber nacido. A Celina la siguió otro varón, quien nació en Acajutla, en 1976, a donde la familia se había trasladado, a comienzos de este año, en busca de una vida mejor. En realidad, se trasladaron porque en Acajutla vivían la madre y la hermana de Elba. Encontraron techo en el hogar de su cuñado. Obdulio consiguió trabajo en los muelles del puerto, mientras ella se dedicaba a vender fruta, en una tienda, en el barrio Los Coquitos.

La violencia los expulsó de Acajutla tres años después, en 1979. La actividad del puerto había disminuido de manera considerable y Obdulio se quedó sin trabajo. Alquilaron un pequeño cuarto con piso de tierra, dividido en la mitad por una cortina, en la colonia Las Delicias, en Santa Tecla. Obdulio, aprovechando sus relaciones con varios administradores de las fincas de los alrededores, encontró trabajo como jardinero, en una residencia de la colonia San Francisco, en San Salvador. Pero en 1985, Obdulio se encontró de nuevo sin trabajo. La familia para la que trabajaba como jardinero abandonó el país por causa de la violencia. Poco después, encontró otro trabajo. Esta vez como vigilante nocturno, en la colonia Acovit, vecina a la colonia Quezatepec, en los suburbios de Santa Tecla.

En ese mismo año, Elba consiguió empleo como cocinera en el teologado de los jesuitas, en Antiguo Cuscatlán. La señora que cuidaba la casa cural de Las Delicias le avisó de esta oportunidad, que no dejó pasar. Cuatro años más tarde, en 1989, Obdulio consiguió un nuevo trabajo. La comunidad universitaria necesitaba un jardinero que se hiciera cargo del inmenso terreno, donde Segundo Montes planificaba sembrar una hortaliza y árboles frutales. Montes le ofreció el trabajo y una casa recién hecha, junto al portón de entrada, en la avenida Einstein. Obdulio aceptó y desde entonces hasta su muerte, cuidó del jardín con gran cariño.

Elba era una persona excepcional. Fiel, discreta, intuitiva y alegre. Sabía reconocer en las caras de los teólogos sus estados de ánimo. A los desanimados les hablaba con palabra sensata y sabia. Era muy sensible a las necesidades de los demás. Siempre estaba pendiente de los detalles. Era especialmente atenta con los familiares de los teólogos, a quienes hacía sentirse cómodos y en confianza. Su risa alegraba la cocina del teologado.

Celina estudió seis años de primaria en la Escuela Luisa de Marillac, en Santa Tecla. El tercer ciclo lo hizo en el Instituto José Damián Villacorta, también en Santa Tecla. En 1989 terminó el primer año de bachillerato comercial, en dicho instituto. Había obtenido una beca de mil colones junto con otras dos compañeras, pero debía obtener buenas calificaciones para poder seguir gozando de ella. Entonces dejó el equipo de baloncesto y no formó parte de la banda de guerra del instituto, dos actividades que la atraían especialmente, porque era muy activa. También dejó la catequesis. De hecho, estaba bastante preocupada, porque tenía dos materias pendientes. A los catorce años, Celina conoció a su novio, quien jugaba en el equipo de baloncesto del instituto. Habían pensado casarse pronto, pero “dependiendo” de lo que dijera “la niña Elba”. Habían pensado comprometerse en diciembre de 1989.

El sábado 11 de noviembre, al comenzar la ofensiva, una patrulla del FMLN colocó una bomba en el portón de la residencia universitaria, forzándola. La familia de Obdulio vio desde dentro cuando ponían la bomba y cómo ingresaban al patio. La bomba quebró todos los vidrios de su pequeña casa. Como ya estaba oscuro y ya habían comenzado las escaramuzas, permanecieron tirados en el piso de la casa hasta la mañana del domingo. La noche de ese día ya no durmieron en su casa, ubicada junto al portón, porque tuvieron miedo. Durmieron en una pequeña sala, junto al comedor de la residencia universitaria. El miércoles 15, Elba se llevó ropa para el teologado por si no podía regresar en la tarde y tenía que quedarse a dormir allí. Los teólogos le dijeron que se quedara, pero ella no quiso, porque no quería estar lejos de su esposo. Su fidelidad la llevó a la muerte a ella y a su hija.

Temprano, en la mañana del 16 de noviembre, Obdulio las encontró abrazadas en la muerte. El cuerpo de Elba sobre el de Celina, en un intento inútil por protegerla de las balas. El fue el primero en encontrar en el patio los cuerpos tendidos sin vida de los cuatro jesuitas. Los otros dos estaban dentro de la residencia. Obdulio sobrevivió porque los asesinos no lo vieron. Mudo de horror, se dirigió a la residencia vecina para avisar a los otros jesuitas de lo que había sucedido esa madrugada.

Silencioso y servicial, Obdulio siguió trabajando como jardinero. En el sitio donde encontró los cuerpos de los cuatro jesuitas plantó rosas. En el centro colocó dos rosales amarillos, uno por Elba y otro por Celina. Alrededor de ellos plantó seis rosales rojos. Cuidó de ellos hasta su muerte, ocurrida en 1994. La tristeza y la nostalgia se apoderaron de él. A los visitantes les mostraba con amabilidad el jardín de rosas y les explicaba su significado. Presa del miedo, al comienzo se negó a proporcionar mayores detalles a los periodistas; pero después, con el paso del tiempo, fue hablando cada vez más. Perdió el miedo a las cámaras y a los micrófonos, pero siempre se lamentó de lo que calificó como una “ingratitude” inmensa. Murió a causa de una infección mal atendida, pero es probable que tampoco él quisiera seguir viviendo. La vida se había vuelto una carga excesivamente pesada para él. La ingratitude era más de lo que podía soportar.

Fuente: <http://www.uca.edu.sv/martires>